EL PAPEL DE LA VIOLENCIA EN LA HISTORIA

Apliquemos ahora nuestra teoría a la historia contemporánea de Alemania y a su práctica de la violencia a sangre y fuego. Veremos claramente por qué la política de sangre y fuego tendría un éxito temporal y por qué se hundiría finalmente.

En 1815, el congreso de Viena[1] vendió y repartió Europa de tal manera, que el mundo entero pudo convencerse de la incapacidad total de los potentados y los hombres de Estado. La guerra general de los pueblos contra Napoleón fue la reacción del sentimiento nacional de todos los pueblos por él pisoteados. En recompensa, los príncipes y diplomáticos del congreso de Viena pisotearon todavía con más desprecio ese sentimiento nacional. La dinastía más pequeña valía más que el pueblo más grande. Alemania e Italia volvieron a ser divididas en pequeños estados. Polonia fue desmembrada por cuarta vez, Hungría siguió subyugada. Y no se puede decir siquiera que los pueblos hayan sido víctimas de una injusticia: ¿por qué lo admitieron y por qué saludaron al zar ruso[2] como su liberador?

Pero esto no podía durar mucho. Desde finales de la Edad Media, la historia trabaja en el sentido de constituir en Europa grandes estados nacionales. Sólo estados de este tipo forman la organización política normal de la burguesía europea en el poder y, a la vez, ofrecen la condición indispensable para el establecimiento de la colaboración internacional armoniosa entre los pueblos, sin la cual es imposible el poder del proletariado. Para asegurar la paz internacional, es preciso primero eliminar todos los roces nacionales evitables, es preciso que cada pueblo sea independiente y señor de su casa. Y, efectivamente, con el desarrollo del comercio, la agricultura, la industria y, a la vez, del poder social de la burguesía, el sentimiento nacional se había elevado en todas partes y las naciones dispersas y oprimidas exigían unidad e independencia.

Por ello, en todas partes excepto Francia, la meta de la revolución de 1848 fue satisfacer las reivindicaciones nacionales a la par que las exigencias de libertad. Pero, detrás de la burguesía, que gracias al primer asalto se vio victoriosa, se alzaba por doquier la figura amenazante del proletariado, con cuyas manos había sido lograda en realidad la victoria, y eso echó a la burguesía en brazos del adversario recién vencido, en brazos de la reacción monárquica, burocrática, semifeudal y militar, a cuyas manos sucumbió la revolución en 1849. En Hungría, donde las cosas ocurrieron de otro modo, entraron los rusos y aplastaron la revolución. Sin contentarse con eso, el zar se fue a Varsovia y se erigió en árbitro de Europa. Nombró a Cristiano de Glücksburg, su dócil criatura, como sucesor al trono de Dinamarca. Humilló a Prusia como jamás había sido humillada, prohibiéndole hasta los más tímidos deseos de explotar las tendencias alemanas a la unidad, constriñéndola a restaurar el Parlamento federal[3] y a someterse a Austria. Por tanto, a primera vista todo el resultado de la revolución se redujo a la instauración en Austria y Prusia de un gobierno constitucional en la forma, pero viejo en el espíritu. El zar ruso se hizo todavía más amo y señor de Europa que antes.

Pero, en realidad, de un solo enérgico golpe la revolución sacó a la burguesía, incluso en los países desmembrados y, en particular, en Alemania, de la vieja rutina tradicional. La burguesía logró una participación, aunque modesta, en el poder político, y cada éxito político

[1] Cumbre celebrada en 1814-15 por Austria, Gran Bretaña y Rusia tras la derrota de Francia, en la que rehicieron el mapa europeo con el fin de restaurar las monarquías "legítimas" contra los intereses de la reunificación nacional e independencia de los pueblos.

[2] Alejandro I.

[3] Se refiere al órgano central de la Confederación Germánica, una unión de estados feudales absolutistas alemanes creada en 1815 por decisión del congreso de Viena. Suspendió su actividad en 1848-1849 debido al desmoronamiento de la Confederación, reanudándola en 1850, cuando ésta fue restaurada. La guerra austro-prusiana de 1866 acabó definitivamente con la Confederación Germánica.

suyo lo utiliza en beneficio del avance industrial. El *año loco*[4], felizmente concluido, mostró palpablemente a la burguesía que debía poner fin de una vez y para siempre al letargo y la indolencia de otros tiempos. A raíz de la lluvia de oro de California y de Australia[5] y de otras circunstancias, se produjo una inusitada ampliación de las relaciones comerciales mundiales y una animación en los negocios jamás vista; lo único que había que hacer era no perder la ocasión y asegurarse uno su participación. La gran industria, cuyas bases se habían sentado desde 1830 y, sobre todo, desde 1840 en el Rin, Sajonia, Silesia, Berlín y algunas ciudades del sur, comenzó a extenderse y a perfeccionarse rápidamente; la industria doméstica de los distritos rurales se extendía más y más. La construcción de ferrocarriles se aceleró y el enorme crecimiento de la emigración creó una línea transatlántica alemana que no necesitaba subvenciones. Los comerciantes alemanes comenzaron a afianzarse como nunca en todas las plazas comerciales ultramarinas; se erigieron en intermediarios de una parte cada vez mayor del comercio mundial, comenzando poco a poco a atender las ventas no sólo de los artículos ingleses, sino también alemanes.

Pero la división de Alemania en pequeños estados con sus distintas y múltiples legislaciones comerciales y gremiales iba a convertirse pronto en una traba insoportable para esa industria cuyo nivel se había elevado inmensamente y para el comercio que de ella dependía. ¡Cada pocas millas, un derecho comercial distinto; por todas partes condiciones diferentes para ejercer un mismo oficio, en todas partes cada vez nuevas triquiñuelas, nuevas trampas burocráticas y fiscales y, con frecuencia, barreras gremiales contra las cuales de nada valían las concesiones oficiales! ¡Además, las numerosas legislaciones locales y las limitaciones del derecho de estancia impedían a los capitalistas trasladar en suficiente cantidad la mano de obra que tenían a su disposición, allí donde el mineral, el carbón, la fuerza hidráulica y otros recursos naturales permitían establecer empresas industriales! La posibilidad de explotar libremente la mano de obra masiva del país era la primera condición del desarrollo industrial; pero en todas partes donde el industrial patriota reunía a obreros procedentes de todos los confines, la policía y la asistencia pública se oponían al establecimiento de los inmigrantes.[6] Un derecho civil alemán, la completa libertad de domicilio para todos los ciudadanos del Imperio, una legislación industrial y comercial única, ya no eran fantasías patrióticas de estudiantes exaltados, sino condiciones necesarias para la industria.

Además, cada estado, incluso minúsculo, tenía su propia moneda y su propio sistema de pesas y medidas, hasta dos o tres en un mismo estado. Y de todas estas innumerables monedas, medidas o pesas, ninguna era reconocida en el mercado mundial. ¿Puede acaso extrañar que los comerciantes e industriales que operaban en el mercado mundial o competían con las mercancías importadas usasen monedas, medidas y pesas extranjeras, además de las propias; que el hilado de algodón se pesase en libras inglesas, los tejidos de seda se fabricasen en metros y las cuentas para el extranjero se estableciesen en libras esterlinas, dólares o francos? ¿Cómo podían surgir grandes establecimientos de crédito sobre la base de sistemas monetarios de tan limitada propagación, aquí con billetes de banco en gúldenes, allí en táleros prusianos, al lado en táleros de oro, en táleros "dos tercios nuevos", en marco de banco, en marco corriente, en monedas de veinte y de veinticuatro gúldenes, y todo acompañado de infinitos cálculos y fluctuaciones del cambio? ¡Cuántas energías costaban todos esos roces, cuánto tiempo y dinero se perdía!

---

[4] El *año loco* ("das tolle Jahr"): Denominación que algunos escritores e historiadores reaccionarios alemanes le dieron al año 1848. La expresión proviene del título de una obra de Ludwig Bechstein, publicada en 1833, sobre los disturbios de Erfurt de 1509.

[5] En 1848 en California y en 1851 en Australia se descubrieron grandes yacimientos de oro.

[6] Las legislaciones locales garantizaban la residencia fija y la protección de las familias sin recursos por la comuna de origen.

Y, por fin, en Alemania se comenzó también a entender que, en nuestros días, el tiempo es dinero. La joven industria alemana debía mostrar lo que valía en el mercado mundial: sólo podía crecer mediante la exportación. Pero para ello debía contar en el extranjero con la protección del derecho internacional. El comerciante inglés, francés o estadounidense podía permitirse en el extranjero incluso más que en su casa. La legación de su país intervendría en su favor y, en caso de necesidad, también intervendrían varios buques de guerra. ¿Y el comerciante alemán? En Oriente, el austríaco podía aún contar hasta cierto punto con su legación, aunque no le ayudase mucho. Pero cuando un comerciante prusiano se quejaba a su embajada de alguna injusticia de que había sido víctima, le respondían siempre: "¡Lo tiene bien merecido! ¿Qué anda buscando usted aquí? ¿Por qué no se queda tranquilamente en su casa?". Y el súbdito de algún pequeño estado no gozaba de derechos en ninguna parte. Allí donde llegasen, los comerciantes alemanes se hallaban siempre bajo protección extranjera (francesa, inglesa, estadounidense) o tenían que naturalizarse rápidamente en su nueva patria[*]. Incluso si su legación quisiese intervenir en favor de ellos, ¿de qué serviría? A los propios cónsules y embajadores alemanes los trataban como a unos limpiabotas.

De aquí se ve que las aspiraciones a una "patria" única tenían una base muy material. Ya no era la aspiración nebulosa de las corporaciones de estudiantes reunidas en su fiesta de Wartburg[7], cuando "el valor y la fuerza ardían en las almas alemanas" y cuando, como dice una canción con música francesa, "quería el joven ir al ferviente combate y a la muerte por su patria",[8] a fin de restaurar la romántica pompa imperial de la Edad Media; y, con el declinar de los años, ese joven ardiente se convertía en un criado corriente, pietista y absolutista de su príncipe. No era ya un llamamiento a la unidad, mucho más terrenal, de los abogados y otros ideólogos burgueses de la fiesta de los liberales en Hambach[9], que se creían que amaban la libertad y la unidad como tales, sin darse cuenta de que la helvetización de Alemania para formar una república de pequeños cantones, a lo que se reducían los ideales de los más sensatos de ellos, era tan imposible como el imperio hohenstaufeniano[10] de los mencionados estudiantes. No, era el deseo del comerciante práctico y de los industriales, nacido de la necesidad inmediata de los negocios, de barrer la basura legada por la historia de los pequeños estados, que obstruían el libre desarrollo del comercio y la industria, de suprimir todos los impedimentos superfluos que esperaban al negociante alemán en su tierra si quería presentarse en el mercado mundial, de los que estaban libres todos sus rivales. La unidad alemana se convirtió en una necesidad económica. Y los que la reivindicaban ahora sabían lo que querían. Habían sido formados en el comercio y para el comercio, se entendían y sabían cómo había que ponerse de acuerdo. Sabían que se debía pedir un precio alto, pero también que se debía bajar sin mucho regateo. Cantaban a la "patria alemana", incluidas Estiria, Tirol y Austria "rica en victorias y gloria", así como:

Von der Maas bis an die Memel,
von der Etsch bis an den Belt,

[*] Nota marginal de Engels, a lápiz: "Weerth". [Georg Weerth, poeta revolucionario amigo de Marx y Engels, había sido viajante de comercio. Nota de la Editorial].

[7] Fiesta organizada por las *Burschenschafts* (corporaciones universitarias alemanas de inspiración liberal y nacionalista) en octubre de 1817, con motivo del 300º aniversario de la Reforma protestante y el cuarto de la batalla de Leipzig. La fiesta se transformó en una manifestación contra el régimen reaccionario de Metternich y en favor de la unidad alemana.

[8] Ambas citas están tomadas de un poema de Carl Hinkel.

[9] Manifestación política de la burguesía liberal y radical alemana, celebrada en 1832 cerca del castillo de Hambach, en el Palatinado bávaro, para llamar a la unidad de todos los alemanes contra los príncipes, en nombre de la lucha por las libertades burguesas y las transformaciones constitucionales.

[10] Referencia a la dinastía imperial alemana de los Hohenstaufen (también llamados gibelinos); el último de ellos murió en el siglo XIII.

Deutschland, Deutschland über alles,
Über alles in der Welt![11]

Y, de pagarse al contado, estaban dispuestos a bajar una parte considerable "del 25 al 30 por ciento" de esa patria que debía ser cada vez mayor[12]. Su plan de unificación estaba hecho y podía ponerse en práctica inmediatamente.

Pero la unidad de Alemania no era una cuestión puramente alemana. Desde la guerra de los Treinta Años[13], ningún asunto público alemán se había decidido sin la muy sensible injerencia extranjera[*]. En 1740, Federico II conquistó Silesia con ayuda francesa. En 1803, Francia y Rusia dictaron palabra por palabra, mediante la diputación imperial[14], la reorganización del Sacro Imperio Romano. Luego, Napoleón implantó en Alemania un orden de cosas que respondía a sus intereses. Finalmente, en el congreso de Viena[**], bajo la influencia de Rusia principalmente y de Inglaterra y Francia, fue dividida en 36 estados y más de doscientos territorios grandes y pequeños, y las dinastías alemanas, exactamente igual que en la Dieta de Ratisbona de 1802 a 1803[15], ayudaron lealmente a eso y agravaron aún más el desmembramiento del país. Por si fuese poco, unos trozos de Alemania se les entregaron a príncipes extranjeros. Así, Alemania, además de impotente, insolvente y desgarrada por discordias intestinas, se encontró condenada a la nulidad desde el punto de vista político, militar e incluso industrial. Peor aún, Francia y Rusia, por precedentes repetidos, se tomaron el derecho a desmembrar Alemania, de la misma manera que Francia y Austria se arrogaron el de cuidar de que Italia permaneciese dividida. De este pretendido derecho se valió el zar Nicolás en 1850, cuando, impidiendo de la manera más grosera todo cambio en la constitución, forzó el restablecimiento del Parlamento federal, ese símbolo de la impotencia de Alemania.

Por tanto, la unidad de Alemania tenía que ser conquistada luchando no sólo contra los príncipes y otros enemigos del interior, sino también contra el extranjero. ¿Y cómo estaban, a esas alturas, las cosas en el extranjero?

En Francia, Luis Bonaparte había aprovechado la lucha entre la burguesía y la clase obrera para acceder a la presidencia con la ayuda de los campesinos, y al trono imperial con la ayuda del ejército. Pero un nuevo emperador Napoleón llevado al trono por el ejército en las fronteras de la Francia de 1815 era un aborto. El imperio napoleónico renacido significaba la

---

[11] Alusión a las fronteras de la Confederación Germánica: *Desde el Mosa hasta el Niemen, / desde el Adigio hasta el Belt, / Alemania, Alemania por encima de todo, / por encima de todo en el mundo.* Hoffman von Fallersleben, *Lied der Deutschen* ("Canto de los Alemanes"); el himno nacional alemán es una estrofa de este poema.

[12] Alusión al poema de E. M. Arndt *Des Deutschen Vaterland*.

[13] Guerra europea iniciada en 1618 por la lucha entre protestantes y católicos, que se desarrolló principalmente en suelo alemán. Le puso fin la paz de Westfalia (1648), que refrendó el fraccionamiento político de Alemania.

[*] Nota marginal de Engels, a lápiz: "Paz de Westfalia y paz de Teschen". [La paz de Teschen fue un tratado de paz entre Austria, por una parte, y Prusia y Sajonia, por la otra, que puso fin a la guerra de la Herencia bávara (1778-1779). Prusia y Austria recibieron territorios bávaros, y Sajonia, una compensación en metálico. Rusia actuó de intermediaria y, con Francia, fue garante del tratado. N. de la Ed.]

[14] La llamada diputación imperial fue una comisión de representantes del Sacro Imperio elegida por la Dieta en octubre de 1801. Tras prolongadas discusiones y bajo la presión de Francia y Rusia (que acababan de pactar un acuerdo secreto sobre la regulación de las cuestiones territoriales en la Alemania renana en favor de la Francia napoleónica), en febrero de 1803 la diputación imperial decidió suprimir 112 estados alemanes y entregar una parte considerable de sus posesiones a Baviera, Wurtemberg, Baden y Prusia.

[**] Nota marginal de Engels, a lápiz: "Alemania-Polonia".

[15] Referencia a la discusión y aprobación por la Dieta del Sacro Imperio Romano Germánico, que se reunía en Ratisbona, de la decisión impuesta por Francia y Rusia acerca de la regulación de las cuestiones territoriales en la Alemania renana (ver también la nota 14).

expansión de Francia hasta el Rin, la realización del sueño tradicional del chovinismo francés. Pero, en los primeros tiempos, no cabía hablar de la toma del Rin por Bonaparte: toda tentativa hubiese tenido como consecuencia una coalición europea contra Francia. Mientras tanto, se ofreció una ocasión para aumentar el poder de Francia y conseguir nuevos laureles para su ejército mediante una guerra, emprendida con el consentimiento de casi toda Europa, contra Rusia, la cual había aprovechado el período revolucionario en Europa occidental para apoderarse con toda tranquilidad de los principados del Danubio y para preparar una nueva guerra de conquista contra Turquía. Inglaterra se alió con Francia, Austria adoptó una actitud favorable respecto a ambas; sólo la heroica Prusia seguía besando el knut[16] ruso con que todavía ayer la fustigaban y mantenía una neutralidad rusófila. Pero ni Inglaterra ni Francia buscaban una victoria seria sobre el adversario, y por eso la guerra terminó con una muy ligera humillación de Rusia y con una alianza ruso-francesa contra Austria[*].

La guerra de Crimea hizo de Francia la potencia dirigente de Europa y al aventurero Luis Napoleón, el héroe del día, lo que en verdad no quiere decir gran cosa. Pero la guerra de Crimea no aumentó el territorio francés, razón por la cual iba preñada de una nueva guerra, en la que Luis Napoleón debía satisfacer su verdadera vocación de "aumentador de las tierras del Imperio[17]". Esta nueva guerra ya fue preparada en el curso de la primera, cuando Cerdeña recibió el permiso de unirse a la alianza occidental como satélite de la Francia imperial y especialmente como avanzadilla de ésta contra Austria; la preparación de la guerra prosiguió al concluirse la paz mediante el acuerdo de Luis Napoleón con Rusia[18], a la que nada agradaba más que un castigo a Austria.

Luis Napoleón se convirtió en el ídolo de la burguesía europea. Y no sólo gracias a la

---

[16] Látigo corto de múltiples colas con trozos de metal en sus extremos usado en Rusia.

[*] La guerra de Crimea fue una comedia colosal de engaños única, en la que uno se preguntaba ante cada escena nueva: ¿quién será ahora el burlado? Pero la comedia costó inestimables recursos y más de un millón de vidas humanas. Apenas comenzada la lucha, Austria entró en los principados del Danubio; los rusos se replegaron y, por tanto, mientras Austria permanecía neutral, una guerra contra Turquía en la frontera terrestre de Rusia era imposible. Pero sólo se podía tener a Austria como aliada en una guerra en las fronteras rusas si la guerra se librase en serio para restaurar Polonia y hacer retroceder por mucho tiempo la frontera occidental de Rusia. Entonces, Prusia, a través de la cual Rusia recibía aún todas las mercancías importadas, se vería obligada a adherirse y Rusia, bloqueada tanto por tierra como por mar, sucumbiría rápidamente. Pero no era ésta la intención de los aliados. Al contrario, se sentían felices de haber descartado todo peligro de una guerra seria. [El primer ministro británico] Palmerston aconsejó trasladar el teatro de operaciones a Crimea, como deseaba la propia Rusia, y Luis Napoleón consintió de muy buen grado. En Crimea, la guerra sólo podía ser una apariencia de guerra, en cuyo caso todos los participantes principales quedarían satisfechos. Pero al zar Nicolás, olvidándose de que, si bien era un terreno propicio para una apariencia de guerra, no lo era para una guerra de verdad, se le metió en la cabeza la idea de que era necesario librar una guerra seria. Lo que constituía la fuerza de Rusia en la defensa (la enorme extensión de su territorio poco poblado, impracticable y pobre en abastos) se volvía contra ella en cualquier guerra ofensiva, y esto no se manifestaba en ninguna parte con más fuerza que precisamente en la dirección de Crimea. Las estepas de la Rusia meridional, llamadas a ser la sepultura de los agresores, se convirtieron en la sepultura de los ejércitos rusos, que Nicolás lanzó uno tras otro con estúpida brutalidad contra Sebastopol hasta la mitad del invierno. Y cuando la última columna, formada a prisa y corriendo, pertrechada a duras penas, miserablemente abastecida, perdió en el camino a dos tercios de sus efectivos (batallones enteros sucumbían en las tempestades de nieve), cuando el resto del ejército ya no era capaz de expulsar del suelo ruso al enemigo, el cabeza de chorlito de Nicolás perdió miserablemente el ánimo y se envenenó. Desde ese momento la guerra volvió a ser una guerra ficticia y se encaminó hacia la conclusión de la paz. (Nota del Autor).

[17] Engels usa la expresión *Mehrer des Reiches*, que era parte del título de los emperadores del Sacro Imperio en la Edad Media.

[18] Referencia al tratado secreto entre Francia y Rusia firmado en París en 1859, en virtud del cual Rusia prometía mantenerse neutral en caso de guerra entre Francia y Cerdeña, por una parte, y Austria, por otra. A su vez, Francia se comprometía a plantear la revisión de los artículos del tratado de paz de París de 1856 que limitaban la soberanía rusa en el mar Negro.

"salvación de la sociedad" del 2 de diciembre de 1851[19], con la que, la verdad sea dicha, puso fin al poder político de la burguesía, pero para salvar el poder social de la misma; no sólo por haber demostrado que, en condiciones favorables, el sufragio universal podía ser transformado en un instrumento de opresión de las masas; no sólo porque, bajo su reinado, la industria, el comercio y, sobre todo, la especulación y la Bolsa alcanzaron una prosperidad inaudita; sino, ante todo, porque la burguesía reconocía en él al primer "gran hombre de Estado" que era carne de su carne y sangre de su sangre. Como cualquier auténtico burgués, Luis Napoleón era un advenedizo. "Pasado por todas las aguas", conspirador carbonario en Italia, oficial de artillería en Suiza, distinguido vagabundo endeudado y agente especial de la policía en Inglaterra[20], pero siempre y en todas partes pretendiente al trono, con su pasado aventurero y con sus compromisos morales en todos los países se había preparado para el papel de emperador de Francia y regidor de los destinos de Europa, al igual que el burgués ejemplar, el burgués estadounidense, se prepara para ser millonario mediante una serie de bancarrotas honestas y fraudulentas. Llegado a emperador, además de subordinar la política a los intereses del lucro capitalista y la especulación bursátil, se atuvo en política a los principios de la Bolsa de valores, especulando con el "principio de las nacionalidades". El desmembramiento de Alemania e Italia había sido hasta entonces un derecho inalienable de la política francesa: Luis Napoleón se puso inmediatamente a vender al por menor ese derecho a cambio de las llamadas compensaciones. Estaba dispuesto a ayudar a Italia y Alemania a poner fin a su desmembramiento, a condición de que ambas le pagasen su respectiva unificación nacional con concesiones territoriales. Esto, además de satisfacer el chovinismo francés y conducir a la progresiva expansión del Imperio hasta las fronteras de 1801[21], volvía a hacer de Francia una potencia específicamente ilustrada y liberadora de los pueblos, y situaba a Luis Napoleón como protector de las nacionalidades oprimidas. Toda la burguesía ilustrada e inspirada en ideas nacionales (vivamente interesada en eliminar todo lo que podía obstaculizar los negocios en el mercado mundial) aclamó unánime ese espíritu de liberación universal.

Se comenzó en Italia*. Desde 1849, aquí imperaba absolutamente Austria, que por aquel entonces era la cabeza de turco de toda Europa. Los pobres resultados de la guerra de Crimea no se achacaban a la indecisión de las potencias occidentales, que no habían querido más que una guerra de ostentación, sino a la indecisión de Austria, de la que nadie era más culpable que dichas potencias mismas. Pero Rusia se sentía tan ofendida por el avance de los austríacos sobre el Prut —agradecimiento por la ayuda rusa en Hungría en 1849 (aunque precisamente este avance salvó a Rusia)—, que acogía con placer cualquier ataque a Austria. Con Prusia no

---

[19] Día del golpe de Estado organizado por Luis Bonaparte, que dio comienzo al régimen bonapartista del Segundo Imperio francés.

[20] Engels alude a los siguientes hechos de la biografía de Luis Bonaparte: para ganar popularidad, trató de granjearse la confianza de distintos partidos de oposición, en particular de los carbonarios italianos; en 1832 adoptó la ciudadanía suiza en el cantón de Thurgau; en 1836 intentó amotinarse en Estrasburgo con ayuda de dos regimientos de artillería; en 1848, durante su estancia en Inglaterra, se alistó como voluntario de un cuerpo policial de reserva formado por civiles que participó en la disolución de la manifestación cartista de abril de 1848.

El cartismo fue el primer movimiento obrero independiente de la historia, surgido en Inglaterra en la primera mitad del siglo XIX. Plantearon peticiones al Parlamento en diversas ocasiones; la más conocida recibió el nombre de "Carta del Pueblo" (de ahí la denominación). Aunque su programa era meramente reformista, esto no libró a los cartistas de la represión.

[21] Se trata de las fronteras francesas establecidas por la paz de Lunéville, concertada entre Francia y Austria en 1801. Dicho tratado refrendó la ampliación de las fronteras de Francia como resultado de las guerras contra la primera y la segunda coaliciones antifrancesas, en particular la anexión de la orilla izquierda del Rin, Bélgica y Luxemburgo.

* Nota marginal de Engels, a lápiz: "Orsini". [Felice Orsini fue un nacionalista italiano que en 1858 intentó asesinar a Napoleón III, por considerarlo un obstáculo para la independencia de Italia. N. de la Ed.]

se contaba ya para nada, y en el congreso de la paz de París[22] la trataron *en canaille*[*]. Así, la guerra de liberación de Italia "hasta el Adriático", emprendida con la colaboración de Rusia, se inició en la primavera de 1859 y terminó ya en verano en el río Mincio. Austria no fue arrojada de Italia, Italia no se vio "libre hasta el Adriático" y no fue unificada, Cerdeña aumentó su territorio; pero Francia obtuvo Saboya y Niza, llegando así a sus fronteras con la Italia de 1801.[23]

Pero los italianos no quedaron satisfechos. En Italia dominaba la manufactura propiamente dicha y la gran industria se hallaba en pañales. La clase obrera estaba aún lejos de ser completamente expropiada y proletarizada; en las ciudades poseía aún sus propios medios de producción, mientras que, en el campo, el trabajo industrial suponía un ingreso secundario de los pequeños campesinos propietarios o arrendatarios. Por eso, la energía de la burguesía no había sido todavía socavada por el antagonismo de un proletariado moderno consciente de sus intereses de clase. Y dado que la división de Italia sólo se mantenía por la dominación austríaca, bajo cuya protección los abusos de los príncipes llegaron al extremo del mal gobierno, la nobleza, propietaria de grandes extensiones de tierra, y las masas populares urbanas estuvieron al lado de la burguesía, campeona de la independencia nacional. Pero en 1859 se sacudió la dominación extranjera, excepto en Venecia; Francia y Rusia impidieron en lo sucesivo toda injerencia extranjera en Italia; nadie la temía más. E Italia tenía en Garibaldi a un héroe de corte clásico, que podía hacer y hacía milagros. Con mil voluntarios, derrocó todo el reino de Nápoles, unificó Italia y rompió la red artificial urdida por la política de Bonaparte. Italia estaba libre y unificada, pero no gracias a las intrigas de Luis Napoleón, sino a la revolución.

Desde la guerra de Italia, la política exterior del Segundo Imperio no era ya un secreto para nadie. Los vencedores del gran Napoleón debían ser castigados, pero *l'un après l'autre,* uno después de otro. Rusia y Austria ya recibieron lo suyo, ahora el turno era de Prusia, más despreciada que nunca; su política durante la guerra de Italia había sido cobarde y miserable, igual que en los tiempos de la paz de Basilea de 1795[24]. La "política de manos libres[25]" había llevado a Prusia a una situación de completo aislamiento en Europa; todos sus vecinos, grandes y pequeños, se alegraban con la idea del espectáculo de una Prusia completamente derrotada y de ver que sus manos sólo estaban libres para cederle a Francia la orilla izquierda del Rin.

En efecto, durante los primeros años que siguieron a 1859, por doquier, sobre todo en el propio Rin, se propagó el convencimiento de que la orilla izquierda del Rin pasaba irrevocablemente a manos de Francia. Cierto es que no se ansiaba mucho ese paso, pero era considerado fatalmente inevitable y, la verdad sea dicha, no se le temía mucho. Renacían entre los campesinos y la pequeña burguesía urbana los viejos recuerdos de los tiempos

---

[22] Se trata del congreso celebrado en dicha ciudad por Francia, Inglaterra, Austria, Rusia, Cerdeña, Prusia y Turquía en 1856, que culminó con la firma del tratado de paz de París, que puso fin a la guerra de Crimea.

[*] "Como canalla, como gente despreciable"; en francés en el original.

[23] Referencia a la guerra que enfrentó a Francia y Piamonte con Austria en 1859. Fue desencadenada por Napoleón III so pretexto de liberar Italia, aunque en realidad su objetivo era conquistar nuevos territorios y consolidar el régimen bonapartista francés. Sin embargo, asustado por la gran envergadura del movimiento de liberación nacional en Italia y empeñado en mantener el fraccionamiento político de ésta, concertó una paz por separado con Austria. Francia se quedó con Saboya y Niza, Lombardía pasó a Cerdeña y Venecia siguió bajo dominación austríaca.

[24] La paz de Basilea (1795) fue concertada por separado con la República Francesa por Prusia, que traicionó así a sus aliados de la primera coalición antifrancesa.

[25] Palabras con que von Schleinitz, ministro prusiano de Negocios Extranjeros, caracterizó en 1859 la política exterior de su país durante la guerra de Francia y Piamonte contra Austria, consistente en no unirse a ningún bando ni declararse neutral.

franceses, que les habían traído la libertad efectiva; y entre la burguesía, la aristocracia financiera, sobre todo la de Colonia, ya estaba muy ligada a las fullerías del Crédit Mobilier[26] y otras compañías bonapartistas fraudulentas, y exigía a gritos la anexión.[27] Pero la pérdida de la orilla izquierda del Rin significaría el debilitamiento no sólo de Prusia, sino también de Alemania. Y Alemania estaba más dividida que nunca. El distanciamiento entre Austria y Prusia llegó al extremo a causa de la neutralidad de ésta durante la guerra de Italia; la pequeña chusma de príncipes miraba, con miedo y ansia a la vez, a Luis Napoleón, como protector futuro de una nueva Confederación del Rin[28]. Tal era la situación de la Alemania oficial. Y eso ocurría cuando solamente las fuerzas mancomunadas de toda la nación estaban en condiciones de impedir el desmembramiento del país. Ahora bien, ¿cómo mancomunar las fuerzas de toda la nación? Quedaban tres caminos abiertos, casi todos nebulosos, tras el fracaso de los intentos de 1848, fracaso que disipó precisamente muchas nubes.

El primer camino era el de la unificación real del país mediante la supresión de todos los estados separados, o sea, un camino abiertamente revolucionario. En Italia, este camino acababa de llevar a la meta: la dinastía de Saboya se puso al lado de la revolución, apropiándose así de la corona italiana. Pero nuestros saboyanos alemanes, los Hohenzollern, lo mismo que sus Cavour[29] más audaces a lo Bismarck, eran absolutamente incapaces de tanto. El pueblo tendría que hacerlo él mismo, y en una guerra por la orilla izquierda del Rin sabría hacer todo lo necesario. La inevitable retirada de los prusianos al otro lado del Rin, el asedio de las plazas fuertes renanas y la traición de los príncipes de Alemania del Sur, que indudablemente habría sucedido, podían originar un movimiento nacional capaz de hacer añicos todo el poder principesco. Y, entonces, Luis Napoleón hubiese sido el primero en envainar la espada. El Segundo Imperio sólo podía luchar contra estados reaccionarios, frente a los que aparecía como continuador de la Revolución Francesa, como libertador de los pueblos. Contra un pueblo que se hallaba en estado de revolución era impotente; además, una revolución alemana victoriosa podía dar un impulso al derrocamiento del imperio francés. Este sería el caso más favorable; en el peor de los casos, si los príncipes se pusiesen al frente del movimiento, la orilla izquierda del Rin se perdería temporalmente en favor de Francia, se denunciaría ante el mundo entero la traición activa o pasiva de los príncipes y se provocaría una crisis que no tendría más salida que la revolución, la expulsión de los príncipes y la instauración de una república alemana unificada.

Tal y como estaban las cosas, Alemania sólo podía emprender ese camino hacia la unificación si Luis Napoleón comenzase la guerra por la frontera del Rin. Pero esta guerra no tuvo lugar, por razones que expondremos más adelante. Además, el problema de la unificación nacional tampoco era una cuestión urgente y vital que había que resolver de un día para otro, so pena de hundimiento. La nación podía esperar un tiempo.

El segundo camino era la unificación bajo hegemonía austríaca. En 1815, Austria había

---

[26] La Société Générale du Crédit Mobilier fue un gran banco anónimo francés creado en 1852 y quebrado en 1867. Su fuente principal de ingresos fue la especulación en títulos de valor y estuvo muy ligado a los círculos gubernamentales del Segundo Imperio.

[27] Marx y yo hemos tenido más de una ocasión para convencernos sobre el terreno de que ése era el estado de ánimo por aquel entonces en Renania. Los industriales de la orilla izquierda me preguntaban, entre otras cosas, cómo repercutiría en sus empresas el paso a las tarifas aduaneras francesas. (N. del A.)

[28] Unión de los estados alemanes del sur y el oeste, fundada en 1806 bajo el protectorado de Napoleón. Agrupaba a más de 20 estados, que se hicieron, de hecho, vasallos de Francia. Se disolvió en 1813 a consecuencia de la derrota del ejército napoleónico.

[29] *Hohenzollern:* Casa real prusiana (1701-1918) e imperial alemana (1871-1918). ‖ *Camillo Benso, conde de Cavour* (1810-1861): Estadista conservador italiano, jefe del gobierno de Cerdeña. Mientras Garibaldi impulsaba la unificación italiana desde abajo, Cavour lo hacía desde arriba, bajo la supremacía de la dinastía de Saboya y con el apoyo de Napoleón III.

conservado de buen grado la situación que le habían impuesto las guerras napoleónicas, de estado con un territorio compacto, redondeado. No pretendía ya sus anteriores posesiones en Alemania del Sur y se contentaba con que se le juntasen antiguos y nuevos territorios que se pudiesen ajustar geográfica y estratégicamente al núcleo restante de la monarquía. La separación de la Austria alemana del resto de Alemania, iniciada con la implantación de barreras aduaneras por José II, agravada por el régimen policiaco de Francisco I[30] en Italia y llevada al extremo por la disolución del Sacro Imperio y de la Confederación del Rin, se mantuvo vigente en la práctica incluso después de 1815. Metternich[31] levantó entre su estado y Alemania una verdadera muralla china. Las tarifas aduaneras impedían la entrada de productos materiales alemanes y la censura, la de los espirituales; las más inverosímiles restricciones en materia de pasaporte limitaban al extremo mínimo las relaciones personales. En el interior, un absolutismo arbitrario, único incluso en Alemania, aseguraba el país contra todo movimiento político, hasta el más débil. De ese modo, Austria permanecía al margen de todo movimiento liberal burgués en Alemania. En 1848[32] se derrumbaron, en su mayor parte al menos, las barreras espirituales que se habían levantado entre ellas; pero los acontecimientos de ese año y sus consecuencias no podían en absoluto contribuir a la aproximación entre Austria y el resto de Alemania; al contrario, Austria se jactaba más y más de su situación de gran potencia independiente. Y por eso, aunque se quería a los soldados austríacos en las fortalezas federales[33], mientras se odiaba y se hacía burla de los prusianos, y aunque en todo el sur y el oeste alemanes, mayormente católicos, Austria era todavía popular y gozaba de respeto, nadie pensaba en serio en la unificación de Alemania bajo la dominación de Austria, salvo algún que otro príncipe de estados alemanes pequeños y medianos.

Y no podía ser de otro modo. Austria misma no deseaba otra cosa, aunque a la chita callando siguiese alentando románticos anhelos imperiales. Con el tiempo, la frontera aduanera austríaca se hizo la única barrera material de separación en Alemania, lo que la hacía tanto más sensible. La política de gran potencia independiente no tenía sentido si no significaba el abandono de los intereses alemanes en favor de los específicamente austríacos, es decir, italianos, húngaros, etc. Al igual que antes de la revolución, tras ella, Austria era el estado más reaccionario de Alemania, el que más a regañadientes seguía la corriente moderna; además era la última gran potencia específicamente católica. Cuanto más intentaba el Gobierno de Marzo[34] restaurar el viejo poder de los curas y los jesuitas, más imposible se hacía su hegemonía sobre un país protestante en uno o dos tercios. Y, finalmente, la unificación de Alemania bajo dominación austríaca sólo hubiese sido posible como resultado del desmembramiento de Prusia. Esto no hubiese significado en sí una desgracia para Alemania, pero el desmembramiento de Prusia por Austria no hubiese sido menos funesto que el desmembramiento de Austria por Prusia antes de la victoria inminente de la revolución en Rusia (tras lo cual no tenía sentido desmembrar Austria, que se desmoronaría sola).

En pocas palabras, la unidad alemana bajo el auspicio de Austria era un sueño romántico, como se evidenció en 1863, cuando los pequeños y medianos príncipes alemanes se reunieron en Frankfurt para proclamar al emperador Francisco José de Austria como emperador de

---

[30] *José II:* Emperador del Sacro Imperio Romano. ‖ *Francisco I:* Emperador austríaco.

[31] Klemens Metternich (1773-1859): Canciller austríaco, uno de los organizadores de la Santa Alianza, la agrupación reaccionaria de monarquías europeas fundada en 1815 por Rusia, Austria y Prusia para aplastar los movimientos revolucionarios en algunos países y mantener los regímenes monarco-feudales.

[32] Referencia a la revolución alemana de 1848.

[33] Fortalezas de la Confederación Germánica situadas a lo largo de la frontera francesa; sus guarniciones se reclutaban entre los ejércitos de los estados más grandes de la Confederación, sobre todo el austríaco y el prusiano.

[34] Referencia al gobierno reaccionario del príncipe de Schwarzenberg, formado en noviembre de 1848 tras la derrota de la revolución democrática burguesa iniciada con la sublevación popular de marzo en Viena.

Alemania. El rey de Prusia[35] se limitó a no asistir y la comedia imperial se vino abajo miserablemente. Quedaba el tercer camino: la unificación bajo la dirección de Prusia. Y este camino, el que ha seguido efectivamente la historia, nos hace bajar del dominio de la especulación al suelo firme, aunque bastante sucio, de la política práctica, de la *política realista*[36].

Después de Federico II, Prusia veía a Alemania, al igual que a Polonia, como un simple territorio de conquista, del que uno toma todo lo que puede, pero que, como es lógico, tiene que compartir con otros. El reparto de Alemania con la participación del extranjero (Francia en primer lugar), tal era la "misión alemana" de Prusia desde 1740. *Je vais, je crois, jouer votre jeu; si les as me viennent, nous partagerons,* tales fueron las palabras de Federico al despedirse del embajador francés cuando emprendía la primera guerra[37]. Fiel a esa "misión alemana", Prusia traicionó a Alemania en 1795 al concertar la paz de Basilea, consintiendo de antemano (tratado del 5 de agosto de 1796) ceder la orilla izquierda del Rin a los franceses a cambio de la promesa de aumento de territorio, y, efectivamente, obtuvo una recompensa por su traición al Imperio, aprobada por la diputación imperial al dictado de Rusia y Francia. En 1805 volvió a traicionar a sus aliados, Rusia y Austria, en cuanto Napoleón la llamó mostrando Hannover como cebo —y ella lo mordió—, pero se enredó tanto en su propia y estúpida astucia que se vio arrastrada a la guerra contra Napoleón y recibió en Jena el castigo que merecía[38]. Todavía bajo la impresión de esos golpes, Federico Guillermo III quiso renunciar, incluso después de las victorias de 1813 y 1814, a todas las plazas exteriores del oeste alemán, limitarse a las posesiones del nordeste, retirarse, como Austria, lo más lejos posible de Alemania, lo cual convertiría a toda la Alemania occidental en una nueva Confederación del Rin bajo la dominación protectora de Rusia o Francia. El plan no tuvo éxito: contra su voluntad, al rey prusiano le fueron impuestas Westfalia y Renania, y con ellas una nueva "misión alemana".

Las anexiones se habían acabado temporalmente, exceptuando la compra de minúsculos trozos de territorio aislados. En el país volvió a florecer progresivamente la vieja administración de los junkers[39] y los burócratas; las promesas de constitución hechas al pueblo en situaciones de extrema gravedad se incumplían reiteradamente. Pero, con todo y con eso, también en Prusia la burguesía se elevaba sin cesar, ya que, sin industria y sin comercio, hasta el arrogante Estado prusiano se reducía ahora a cero. Lentamente, con una resistencia tenaz y en dosis homeopáticas, tuvo que hacer concesiones económicas a la burguesía. Y, en un aspecto, esas concesiones ofrecían la perspectiva de apoyo a la "misión alemana" a Prusia: para suprimir las fronteras aduaneras extranjeras entre sus dos mitades[40], Prusia invitó a los estados alemanes vecinos a formar la Unión Aduanera, que no fue más que una buena intención hasta 1830 (sólo Hesse-Darmstadt entró en ella), pero luego, a medida que se fue acelerando algo el desarrollo político y económico, Prusia anexionó económicamente la mayor parte del interior de Alemania. Las tierras no prusianas del litoral quedaron fuera de la Unión hasta después de 1848.

La Unión Aduanera fue un gran éxito de Prusia. El que significase la victoria sobre la

[35] Guillermo I.

[36] La expresión "política realista" se empleaba para designar la política de Bismarck, que los contemporáneos consideraban basada en el cálculo.

[37] "Creo que voy a jugar su juego; si me tocan los ases, los compartiremos". Se tiene en cuenta el ataque de Federico II a Silesia, perteneciente a Austria, en 1740.

[38] El 14 de octubre de 1806, en dos batallas simultáneas, Jena y Auerstädt, el ejército prusiano fue derrotado totalmente por el francés.

[39] Aristocracia terrateniente prusiana, que constituía también el sector más reaccionario del ejército alemán.

[40] El reino de Prusia estaba formado por dos territorios separados geográficamente.

influencia austríaca era lo de menos. Lo esencial era que había atraído al lado de Prusia a toda la burguesía de los estados alemanes pequeños y medianos. Excepto Sajonia, no había un solo estado alemán en donde la industria no hubiese logrado un desarrollo aproximadamente igual a la industria prusiana; y esto no se debía solamente a premisas naturales e históricas, sino también al ensanchamiento de las fronteras aduaneras y a la consiguiente extensión del mercado interior. Y a medida que se ampliaba la Unión Aduanera, a medida que los pequeños estados se incorporaban a ese mercado interior, la nueva burguesía de los mismos se acostumbraba a ver en Prusia su soberano económico y, posiblemente, su soberano político en un futuro. Y los profesores silbaban lo que los burgueses cantaban. Mientras en Berlín los hegelianos argumentaban filosóficamente la misión de Prusia de dirigir Alemania, en Heidelberg los alumnos de Schlosser[41], sobre todo Hausser y Gervinus, demostraban lo mismo históricamente. Se partía, naturalmente, de que Prusia cambiaría su sistema político y que satisfaría las pretensiones de los ideólogos de la burguesía.[*]

Por lo demás, todo eso no se hacía en virtud de preferencias especiales del Estado prusiano, como, por ejemplo, ocurrió con los burgueses italianos, que reconocieron el papel rector del Piamonte después de que éste se puso abiertamente a la cabeza del movimiento nacional y constitucional. Nada de eso, todo se hizo a regañadientes; la elección de Prusia por los burgueses fue el mal menor porque Austria no los admitía en sus mercados y porque, comparada con Austria, Prusia conservaba, de mal grado, cierto carácter burgués, aunque sólo fuese por su avaricia financiera. Dos buenas instituciones le daban ventaja a Prusia frente a los otros grandes estados: el servicio militar obligatorio y la instrucción escolar obligatoria. Las implantó en tiempos de miseria desesperada, y en las épocas mejores se contentaba con suprimirles lo que podían tener de peligrosas en ciertas condiciones, aplicándolas con negligencia y desfigurándolas premeditadamente. Pero, sobre el papel, seguían en pie, de modo que Prusia se reservaba la posibilidad de desencadenar un día la energía potencial latente en las masas populares en unas proporciones imposibles en otro lugar con igual número de habitantes. La burguesía se adaptó a esas dos instituciones; el servicio militar personal para los que lo cumplían durante un año, es decir, para los hijos de los burgueses, era soportable y alrededor de 1840 se podía eludir fácilmente mediante un soborno, sobre todo porque, en aquel entonces, el ejército no apreciaba mucho a los oficiales de la Landwehr[42], reclutados en los medios comerciales e industriales. Y el gran número de hombres que poseían cierta suma de conocimientos elementales, que sin duda existían en Prusia gracias a la escuela obligatoria, era extremadamente útil para la burguesía; a medida que crecía la gran industria, esto acabó por ser incluso insuficiente[*]. Se quejaban, principalmente en los medios pequeñoburgueses, del alto costo de ambas instituciones, que se traducía en altos impuestos[**];

---

[41] *Hegelianos:* Partidarios de las doctrinas del filósofo metafísico alemán Georg Wilhelm Friedrich Hegel. ‖ *Friedrich C. Schlosser* (1776-1861): Historiador alemán; aunque famoso en su época, hoy su prolífica obra está considerada poco rigurosa.

[*] La *Gaceta Renana* discutió en 1842, desde este punto de vista, la cuestión de la hegemonía prusiana. Gervinus me dijo ya en el verano de 1843 en Ostende: Prusia debe ponerse al frente de Alemania, pero eso requiere tres condiciones: Prusia debe dar una constitución, debe dar la libertad de prensa y debe aplicar una política exterior más definida. (N. del A.). [La *Gaceta Renana* fue un diario publicado en Colonia entre enero de 1842 y marzo de 1843. Marx comenzó a colaborar en él en abril de 1842 y en octubre pasó a ser uno de sus redactores; Engels también colaboró en él. N. de la Ed.]

[42] Landwehr: Fuerzas militares terrestres prusianas surgidas en 1813 como milicia popular en la lucha contra las tropas napoleónicas. Según la edad de los componentes, engrosaban el ejército activo o cumplían servicios de guarnición.

[*] Hasta en los tiempos de la *Kulturkampf*, los industriales renanos se me quejaban de que no podían ascender a encargados a excelentes obreros debido a que carecían de suficientes estudios. Esto afectaba sobre todo a las comarcas católicas. (N. del A.)

[**] Nota marginal de Engels: “Escuelas medias para la burguesía”.

la burguesía ascendente había calculado que los gajes, desagradables pero inevitables, asociados con la futura situación del país como gran potencia serían compensados con creces por el aumento de las ganancias.

En una palabra, los burgueses alemanes no se hacían ilusiones acerca de la amabilidad de Prusia. Y el que la idea de la hegemonía prusiana hubiese ganado influencia entre ellos a partir de 1840 se debió a que la burguesía prusiana, gracias a su rápido desarrollo económico, se puso al frente de la burguesía alemana en los aspectos económico y político; a que los Rotteck y los Welcker[43] del sur "viejoconstitucionalista" habían sido eclipsados desde hacía mucho tiempo por los Camphausen, los Hansemann y los Milde[44] del norte prusiano; a que los abogados y los profesores habían sido eclipsados por los comerciantes y los industriales. En efecto, entre los liberales prusianos de los años previos a 1848, sobre todo en el Rin, soplaban aires revolucionarios muy distintos de los que había entre los cantonalistas liberales[45] de Alemania del Sur. A la sazón aparecieron las dos mejores canciones políticas populares desde el siglo XVI: la del alcalde Tschech y la de la baronesa von Droste-Vischering, cuya temeridad indigna ahora a los viejos que las cantaban con desenvoltura en 1846:

¿Se habrá visto cosa igual
a lo del alcalde Tschech?
¡No acertó en ese gordiflón
a dos pasos de distancia!

Pero todo eso iba a cambiar pronto. Sobrevinieron la revolución de Febrero, las jornadas de Marzo en Viena y la revolución de Berlín del 18 de marzo. La burguesía venció sin grandes combates, y no tenía deseo de luchar en serio cuando llegaba al caso. Porque la misma burguesía que había coqueteado aún hacía poco tiempo con el socialismo y el comunismo de entonces (sobre todo en Renania) se dio cuenta de que no había formado a obreros individuales, sino una clase obrera, un proletariado, todavía medio dormido, pero que se despertaba paulatinamente y era revolucionario por naturaleza. Y ese proletariado, que había conquistado en todas partes la victoria para la burguesía, ya presentaba, sobre todo en Francia, unas reivindicaciones incompatibles con la existencia del régimen burgués; la primera lucha grave entre estas dos clases tuvo lugar en París el 23 de junio de 1848; tras cuatro días de lucha, el proletariado fue derrotado. A partir de ese momento, las masas de la burguesía se pasan en toda Europa al lado de la reacción, se alían con los burócratas, feudales y curas absolutistas, a los que había derrocado con la ayuda de los obreros, contra los "enemigos de la sociedad", es decir, contra los propios obreros.

En Prusia, esto se expresó en que la burguesía traicionó a los representantes por ella elegidos y vio con satisfacción, secreta o manifiesta, que el gobierno los dispersase en noviembre de 1848.[46] El gobierno junker-burocrático que se afianzó entonces en Prusia por una década tuvo que gobernar indudablemente bajo una forma constitucional, pero se vengaba mediante todo un sistema de triquiñuelas y vejaciones mezquinas, inauditas hasta entonces incluso en Prusia, que hacían sufrir principalmente a la burguesía. Pero ésta, arrepentida, se ensimismó, soportando humildemente los golpes y puntapiés con que la castigaban por sus anteriores

---

[43] *Karl Rotteck* (1775-1840): Político liberal. ║ *Karl Welcker* (1790-1869): Diputado de centro-derecha.

[44] *Ludolf Camphausen* (1803-1890); Banquero alemán, uno de los dirigentes de la burguesía liberal renana. ║ *David Hansemann* (1790-1864): Gran capitalista y uno de los dirigentes de la burguesía liberal prusiana. ║ *Karl Milde* (1805-1861): Gran industrial y dirigente de la derecha prusiana.

[45] Engels tilda irónicamente de cantonalistas a los liberales, partidarios de convertir Alemania en un Estado federal semejante a Suiza, dividida en cantones autónomos.

[46] Referencia al golpe de Estado en Prusia de noviembre-diciembre de 1848 y al período de reacción que le siguió.

apetitos revolucionarios, acostumbrándose paulatinamente a la idea que expresó con posterioridad: ¡pese a todo, somos unos perros!

Vino la regencia. A fin de probar su fidelidad monárquica, Manteuffel rodeó de espías al heredero al trono, el actual emperador[47], exactamente igual que ha hecho ahora Puttkamer con la redacción del *Sozialdemokrat.*[48] En cuanto el heredero se hizo regente, echó, como era lógico, a Manteuffel y comenzó la *nueva era*[49]. No fue más que un cambio de decoración. El príncipe regente se dignó permitir a la burguesía que volviese a ser liberal. Ésta se valió contenta del permiso, pero se creyó que tenía la sartén por el mango, que el Estado prusiano iba a bailar al son de su flauta. Pero no era ésa en absoluto la intención de los "círculos competentes", valiéndonos de la expresión de la prensa canallesca. La reorganización del ejército era el precio que los burgueses liberales iban a pagar por la nueva era. El gobierno sólo exigía que se cumpliese el servicio militar obligatorio en las proporciones en que se cumplía hacia 1816. Desde el punto de vista de la oposición liberal, no se podía objetar absolutamente nada que no entrase en flagrante contradicción con su propio discurso acerca de la potencia y la misión alemana de Prusia. Pero la oposición liberal subordinó su aceptación a la condición de que el servicio militar obligatorio se limitase por ley a un máximo de dos años. De por sí, esto era perfectamente racional; la cuestión estribaba solamente en saber si se podía imponerle esa decisión al gobierno, en si la burguesía liberal del país estaba dispuesta a insistir en ello hasta el final, al precio de cualquier sacrificio. El gobierno se mantenía firme en tres años de servicio militar y la Cámara, en dos; estalló el conflicto[50]. Y, a la par que este conflicto, la política exterior volvió a desempeñar el papel decisivo incluso en la política interior.

Hemos visto cómo Prusia, por su actitud en la guerra de Crimea y en la de Italia, perdió la consideración que le quedaba. Esa lastimosa política hallaba una excusa parcial en el mal estado del ejército. Puesto que ya antes de 1848 no se podían implantar nuevos impuestos ni conseguir préstamos sin el consentimiento de los estamentos[51], y no se quería convocar para ese fin a los representantes de los mismos, nunca había suficiente dinero para el ejército, que, dada esa avaricia sin límite, llegó a un estado de completa decadencia. El espíritu de gala y exagerada disciplina, arraigado en el reinado de Federico Guillermo III, hizo el resto. El conde de Waldersee escribe hasta qué punto ese ejército de gala se mostró impotente en los campos de batalla de Dinamarca en 1848. La movilización de 1850 fue un fiasco completo:

---

[47] Otto von Manteuffel fue un político conservador prusiano, primer ministro durante casi una década. ‖ El heredero era el príncipe Guillermo, futuro káiser Guillermo I.

[48] *Robert von Puttkamer* (1828-1900): Ministro del Interior con Bismarck. ‖ *Der Sozialdemokrat* (El Socialdemócrata): Órgano central del SPD publicado de septiembre de 1879 a septiembre de 1888 en Zúrich y de octubre de 1888 a septiembre de 1890 en Londres. Marx y Engels colaboraron activamente en él.

[49] En 1858, el príncipe regente Guillermo destituyó al gobierno de Manteuffel y llamó al poder a los liberales moderados; la prensa burguesa denominó *nueva era* a este rumbo. Pero, en realidad, Guillermo sólo buscaba fortalecer la monarquía prusiana y a los junkers; de hecho, la "nueva era" preparó la dictadura de Bismarck, que llegó al poder en 1862.

[50] El llamado *conflicto constitucional* entre el gobierno prusiano y la mayoría liberal burguesa de la Dieta surgió en febrero de 1860, cuando ésta se negó a aprobar el proyecto de reorganización del ejército presentado por el ministro de la Guerra, von Roon. En marzo de 1862, la mayoría liberal se negó a aprobar los gastos de guerra, tras lo cual el gobierno disolvió la Dieta y convocó nuevas elecciones. A finales de septiembre, Bismarck llegó al poder y un mes más tarde volvió a disolver la Dieta y comenzó a aplicar la reforma militar sin la ratificación parlamentaria. El conflicto se resolvió en 1866, cuando, tras la victoria ante Austria, la burguesía prusiana capituló ante Bismarck.

[51] Estratos sociales propios del feudalismo y del Antiguo Régimen (la forma de Estado monárquico vigente en Europa antes de las revoluciones burguesas). Los estamentos fundamentales eran tres: nobleza, clero y tercer estado, que agrupaba a toda la población carente de privilegios.

faltaba de todo y lo que había no servía para nada en la mayoría de los casos.[52] Cierto es que los créditos aprobados por la Cámara remediaron la situación; el ejército se sacudió la vieja rutina, el servicio en campaña, al menos en la mayoría de los casos, comenzó a desalojar los desfiles de gala. Pero la fuerza del ejército seguía siendo la misma que hacia 1820, mientras que las otras grandes potencias, sobre todo Francia, precisamente el mayor peligro, habían aumentado considerablemente sus fuerzas militares. Mientras tanto, en Prusia regía el servicio militar obligatorio; cada prusiano era, en teoría, un soldado, pero, pese al aumento de la población de 10'5 millones (1817) a 17'75 millones (1858), el contingente del ejército fijado no permitía incorporar a filas y formar a más de un tercio de los hombres útiles para el servicio militar. Ahora el gobierno exigía un reforzamiento del ejército que se correspondía casi exactamente con el aumento de la población desde 1817. Sin embargo, los mismos diputados liberales que habían exigido sin cesar al gobierno que se pusiese al frente de Alemania, que protegiese el poderío de Alemania frente al exterior y restableciese su prestigio internacional, esos mismos hombres se mostraban tacaños, calculaban y no querían aprobar nada que no se basase en el servicio de dos años. ¿Tenían ellos suficiente fuerza para hacer valer su voluntad, en la que insistían tan pertinaces? ¿Les respaldaba el pueblo o, al menos, la burguesía, dispuesta a acciones decididas?

Al contrario. La burguesía aplaudía sus torneos oratorios con Bismarck, pero, en realidad, organizó un movimiento dirigido en la práctica, aunque inconscientemente, contra la política de la mayoría de la Dieta prusiana. Los atentados de Dinamarca contra la constitución de Holstein y los intentos de "dinamarquizar" por la fuerza Schleswig indignaban al burgués alemán, quien estaba acostumbrado a que lo mortificasen las grandes potencias, pero montaba en cólera por los puntapiés que le propinaba la pequeña Dinamarca. Se fundó la Unión Nacional[53]; precisamente la burguesía de los pequeños estados formaba su fuerza. Y la Unión Nacional, con todo su liberalismo, exigía ante todo la unificación de la nación bajo hegemonía prusiana, de una Prusia en lo posible liberal, pero, en caso de necesidad, de la Prusia tal y como era. Lo que la Unión Nacional exigía en primer término era que se pusiese fin a la situación miserable de los alemanes en el mercado mundial, tratados como gente de segunda clase, que se refrenase a Dinamarca y que se le enseñasen los dientes a las grandes potencias en Schleswig-Holstein. Además, ahora se podía exigir la dirección prusiana sin las vaguedades e ilusiones que habían acompañado esta reivindicación hasta 1850. Se sabía perfectamente que significaba la expulsión de Austria de Alemania y la abolición efectiva de la soberanía de los pequeños estados, y que ambas cosas eran imposibles sin la guerra civil y sin la división de Alemania. Pero ya no se temía la guerra civil y la división no era sino la consecuencia de las restricciones aduaneras impuestas por Austria. La industria y el comercio alemanes habían alcanzado tan alto desarrollo, la red de firmas comerciales alemanas, que abarcaba el mercado mundial, se había extendido tanto y se había hecho tan densa, que no se podía seguir tolerando el sistema de pequeños estados en la patria, así como la carencia de derechos y la ausencia de protección en el exterior. Al mismo tiempo, cuando la más poderosa organización política que jamás había tenido la burguesía alemana les negaba, en realidad, la confianza a los diputados de Berlín, ¡estos seguían regateando la duración del servicio militar!

Tal era la situación cuando Bismarck decidió inmiscuirse activamente en la política exterior.

Bismarck es Luis Napoleón, es el aventurero francés pretendiente a la corona convertido en

[52] Como respuesta a la entrada de las tropas austro-bávaras en Kurhessen, el gobierno prusiano declaró la movilización y mandó allí sus tropas a comienzos de noviembre de 1850. El día 8 tuvo lugar en Bronzell una escaramuza insignificante entre las avanzadillas de ambos ejércitos, pero que evidenció las serias deficiencias militares y el armamento obsoleto de Prusia, lo que provocó su capitulación ante Austria.

[53] La Unión Nacional fue fundada en el congreso de los liberales burgueses de septiembre de 1859, en Frankfurt. Buscaba la unificación de toda Alemania, excepto Austria, bajo soberanía prusiana. Tras la formación de la Confederación Alemana del Norte, la Unión Nacional se autodisolvió.

junker prusiano de provincias y en estudiante alemán de corporación. Lo mismo que Luis Napoleón, Bismarck es un hombre de gran espíritu práctico y muy astuto, un hombre de negocios innato y socarrón que, en otras circunstancias, podría competir en la Bolsa de Nueva York con los Vanderbilt y los Jay Gould[54]; y, en verdad, no organizó mal sus pequeños asuntos personales. No obstante, tan desarrollada inteligencia en el dominio de la vida práctica suele ir acompañada de horizontes muy limitados, y en este aspecto Bismarck supera a su antecesor francés. Este último, a despecho de todo, en el curso de su etapa de vagabundo se formó por su cuenta sus "ideas napoleónicas[55]", aunque éstas no valían más de lo que valía él, mientras que Bismarck, como veremos más adelante, jamás había tenido ni la sombra de una idea política propia, ya que sólo combinaba a su manera ideas ajenas. Y esa estrechez de horizontes fue precisamente su suerte. Sin ella jamás hubiese podido enfocar toda la historia universal desde el punto de vista específico prusiano; y si en su concepción del mundo ultraprusiana hubiese habido una rendija que dejase penetrar la luz del día, se hubiese confundido en toda su misión y se hubiese acabado su gloria. En efecto, apenas cumplió a su manera su misión especial, prescrita desde el exterior, se vio en un atolladero; luego veremos qué saltos tuvo que dar debido a la ausencia absoluta de ideas racionales y a su incapacidad de comprender por su cuenta la situación histórica que había creado.

Si, por su vida anterior, Luis Napoleón se había acostumbrado a no reparar en los medios, Bismarck aprendió de la historia de la política prusiana, sobre todo de la política del llamado gran elector y de Federico II[56], a actuar con todavía menos escrúpulos; podía hacer todo eso conservando la alentadora conciencia de que seguía fiel a la tradición nacional. Su espíritu práctico le enseñaba que, en caso de necesidad, había que relegar a segundo plano sus veleidades de junker; cuando le parecía que esa necesidad había pasado, las veleidades resurgían rápidamente; pero eso era una señal de decadencia. Su método político era el del estudiante de corporación: en la Cámara aplicaba sin reparo a la constitución prusiana la interpretación literal y burlesca del *Bierkomment,*[57] con cuya ayuda se salía de los apuros en las tabernas estudiantiles; todas las innovaciones que introducía en la diplomacia las había tomado de las corporaciones de estudiantes. Ahora bien, si Luis Napoleón no estaba muy seguro de sí mismo en los momentos decisivos, como, por ejemplo, durante el golpe de Estado de 1851, cuando Morny tuvo que recurrir a la violencia para que continuase lo que había comenzado[58], o como en vísperas de la guerra de 1870, cuando su indecisión estropeó toda la situación, hay que reconocer que con Bismarck eso no ocurre nunca. Su fuerza de voluntad jamás le abandona, sino que se traduce más bien en franca brutalidad. Y en ello reside, en primer término, el secreto de sus éxitos. Todas las clases dominantes de Alemania, tanto junkers como burgueses, habían perdido hasta tal punto sus últimos restos de energía, en la Alemania "culta" era tan común el no tener voluntad, que el único hombre que efectivamente aún la poseía se hizo por eso el más grande de todos, se erigió en tirano que reinaba sobre todos, ante el cual todos "saltaban la varita", como ellos mismos decían, a despecho del sentido común y la honestidad más elementales. En todo caso, en la Alemania "inculta" no se ha ido todavía tan lejos: el pueblo trabajador ha demostrado que tiene una voluntad con la que no puede ni siquiera la firme voluntad de Bismarck.

Nuestro junker de la vieja marca[59] tenía por delante una brillante carrera, haciéndole falta

---

[54] Dinastías de magnates estadounidenses.

[55] Alusión al libro de Luis Bonaparte *Ideas napoleónicas*, publicado en París en 1839.

[56] *Federico Guillermo* (1620-1688): Duque de Prusia, llamado el gran elector. ‖ *Federico II el Grande* (1712-1786): Rey de Prusia.

[57] Literalmente, "ritual de la cerveza", una antigua tradición estudiantil alemana.

[58] Charles Morny (1811-1865): Diputado francés, uno de los organizadores del golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851 de Luis Napoleón Bonaparte, quien lo nombró ministro del Interior.

[59] Nombre que se daba en Alemania a las provincias o distritos fronterizos.

nada más que emprender las cosas con valor e inteligencia. ¿Acaso Luis Napoleón no se hizo ídolo de la burguesía precisamente por haber disuelto su parlamento, pero aumentado sus ganancias? ¿Acaso Bismarck no poseía el mismo talento de hombre de negocios que los burgueses tanto admiraban en el falso Bonaparte? ¿Acaso no se sentía tan atraído por su Bleichroeder como Luis Napoleón por su Fould[60]? ¿Acaso en la Alemania de 1864 no había una contradicción entre los diputados burgueses de la Cámara, que por avaricia querían acortar el servicio militar, y los burgueses de fuera de la Cámara, los de la Unión Nacional, que ansiaban actos nacionales a todo precio, actos para los que hacía falta la fuerza militar? ¿Acaso no hubo análoga contradicción en Francia en 1851, entre los burgueses de la Cámara, que querían refrenar el poder del presidente, y los burgueses de fuera de la misma, que ansiaban la tranquilidad y un gobierno fuerte, la tranquilidad a cualquier precio, contradicción que Luis Napoleón resolvió dispersando a los camorristas parlamentarios y dando la tranquilidad a las masas de la burguesía? ¿Acaso la situación de Alemania no era aún más favorable para un golpe de mano audaz? ¿Acaso la burguesía no había presentado ya un plan acabado para reorganizar el ejército y acaso no había expresado públicamente su deseo de que apareciese un enérgico hombre de Estado prusiano que pusiese en práctica el plan, excluyese a Austria de Alemania y unificase los pequeños estados alemanes bajo la hegemonía de Prusia? Y si hubiese que maltratar algo la constitución prusiana y apartar a los ideólogos de la Cámara y de fuera de ella, dándoles su merecido, ¿acaso no se podía, igual que Luis Bonaparte, respaldarse en el sufragio universal? ¿Qué podía ser más democrático que la implantación del sufragio universal? ¿No demostró Luis Napoleón que, tratándolo como es debido, es absolutamente inofensivo? ¿Y no ofrecía precisamente ese sufragio universal el medio de apelar a las grandes masas populares, de coquetear ligeramente con el movimiento social naciente, en caso de que la burguesía se mostrase recalcitrante?

Bismarck se puso manos a la obra. Había que repetir el golpe de Estado de Luis Napoleón, mostrar palpablemente a la burguesía alemana la auténtica correlación de fuerzas, disipar por la fuerza sus ilusiones liberales, pero cumplir aquellas exigencias nacionales suyas que coincidían con los designios de Prusia. Schleswig-Holstein fue la excusa para la acción. El terreno de la política exterior estaba preparado. Bismarck atrajo al zar ruso a su lado con los servicios policíacos prestados en 1863 en la lucha contra los insurgentes polacos[61]; Luis Napoleón también había sido trabajado y podía justificar, con su preferido "principio de las nacionalidades", su indiferencia, si no la protección tácita, respecto a los planes de Bismarck; en Inglaterra, el primer ministro era Palmerston, que había puesto al pequeño lord John Russell al frente de los asuntos exteriores con el único fin de convertirlo en un hazmerreír. Austria era un rival de Prusia en la lucha por la hegemonía en Alemania, y precisamente en este asunto se inclinaba menos que en cualquier otro a cederle la primacía a Prusia, dado que en 1850 y 1851 se había portado en Schleswig-Holstein como un esbirro del zar Nicolás, procediendo, en la práctica, de manera más vil que la propia Prusia. Por tanto, la situación era extraordinariamente propicia. Por más que Bismarck odiase a Austria y por más que Austria quisiese, por su parte, descargar su cólera sobre Prusia, al morir Federico VII de Dinamarca no les quedaba otra que emprender una campaña conjunta contra Dinamarca, con el tácito consentimiento de Rusia y Francia. El éxito estaba asegurado de antemano si Europa permanecía neutral; ocurrió precisamente eso: los ducados fueron conquistados y cedidos con

[60] Gerson von Bleichroeder y Achille Fould fueron dos influyentes financieros, alemán el primero y francés el segundo.

[61] En febrero de 1863, durante la sublevación nacionalista polaca, el zar Alejandro II firmó con Prusia un convenio previendo acciones militares conjuntas contra los alzados, pero ya antes de su firma las tropas prusianas reforzaron las fronteras para evitar su entrada en Prusia.

arreglo al tratado de paz[62].

En esa guerra, Prusia tuvo además otro objetivo: probar su ejército, instruido a partir de 1850 sobre bases nuevas, así como reorganizado y fortalecido después de 1860. El ejército confirmó su valor más de lo que se esperaba y, además, en las situaciones bélicas más diversas. El combate de Lyngby, en Jutlandia, donde 80 prusianos apostados tras un seto vivo pusieron en fuga, gracias a la rapidez de su fuego, al triple de daneses, demostró que el fusil de percusión era muy superior al de avancarga y que se sabía manejar. Al mismo tiempo se presentó una oportunidad para observar que los austríacos habían extraído de la guerra italiana y del modo de combatir de los franceses la enseñanza de que el disparar no servía de nada y que el auténtico soldado debía arremeter enseguida con la bayoneta contra el enemigo; tomaron buena nota, ya que no cabía desear táctica enemiga más a propósito frente a las bocas de los fusiles de retrocarga. Y para poner a los austríacos en condiciones de convencerse en la práctica de esto lo más pronto posible, los condados conquistados fueron colocados bajo la soberanía conjunta de Austria y Prusia, de acuerdo con el tratado de paz; se creó, en consecuencia, una situación provisional que sólo podía engendrar conflicto tras conflicto, y que precisamente por esto brindaba a Bismarck la posibilidad de usar uno de ellos como pretexto para su gran lucha contra Austria. Dada la costumbre de la política prusiana — "utilizar hasta el fin sin vacilaciones" la situación favorable, según expresión del señor von Sybel[63]—, era natural que, so pretexto de liberar a los alemanes de la opresión danesa, se anexasen a Alemania 200.000 habitantes daneses de Schleswig del Norte. Pero quien quedó con las manos vacías fue el duque de Augustenburg, candidato de los estados pequeños y de la burguesía alemana al trono de Schleswig-Holstein.

Así, Bismarck cumplió en los ducados la voluntad de la burguesía alemana, en contra de la voluntad de ella misma. Expulsó a los daneses. Desafió al extranjero y el extranjero no se movió. Pero se trató a los ducados recién liberados como a países conquistados; sin preguntar su voluntad, fueron repartidos temporalmente entre Austria y Prusia.

Prusia dejó de ser la quinta rueda del carro europeo y volvió a ser gran potencia; el cumplimiento de los anhelos nacionales de la burguesía marchaba exitosamente, pero el camino elegido no era el camino liberal de la burguesía. El conflicto prusiano sobre el servicio militar continuaba y se hacía cada día más irresoluble. El segundo acto de la comedia política bismarckiana debía comenzar.

La guerra de Dinamarca había cumplido una parte de los anhelos nacionales. Schleswig-Holstein había sido "liberado". Los protocolos de Varsovia y de Londres, en los que las grandes potencias habían ratificado la humillación de Alemania ante Dinamarca[64], fueron rotos y arrojados a los pies de las mismas, sin que éstas rechistasen. Austria y Prusia volvieron a estar juntas, sus tropas vencieron luchando hombro con hombro y ningún potentado pensaba más en tocar el territorio alemán. Las apetencias renanas de Luis Napoleón, hasta entonces relegadas a segundo plano por otras ocupaciones (la revolución italiana, la sublevación polaca, las complicaciones en Dinamarca y, finalmente, la expedición

[62] Tras la muerte de Federico VII, Austria y Prusia le dieron un ultimátum al gobierno danés en enero de 1864, exigiéndole la abolición de la constitución de 1863, que proclamaba la incorporación de Schleswig a Dinamarca. Dinamarca rechazó el ultimátum y Austria y Prusia iniciaron las hostilidades, que acabaron en julio de 1864 con la derrota danesa. De acuerdo con el tratado de paz firmado en Viena en octubre, los ducados de Schleswig y Holstein, incluidas las comarcas de población mayoritariamente no alemana, fueron declarados condominio de Austria y Prusia, pasando por completo a manos prusianas tras la guerra austro-prusiana de 1866.

[63] Heinrich von Sybel (1817-1895): Historiador y político liberal alemán.

[64] De acuerdo con el protocolo de Varsovia (1851), firmado por Rusia y Dinamarca, así como con el protocolo de Londres (1852), firmado por Rusia, Austria, Francia, Prusia, Suecia y Dinamarca, se establecía el principio de indivisibilidad de los dominios de la corona danesa, incluidos los ducados de Schleswig y Holstein.

a México[65]), no tenían ahora la menor probabilidad de éxito. Para un estadista prusiano conservador, la situación mundial era, por tanto, la mejor que se podía desear. Pero, hasta 1871, Bismarck no era conservador en absoluto, y menos aún en ese momento, y la burguesía alemana no estaba en absoluto satisfecha, seguía atrapada por la consabida contradicción. De una parte, exigía el poder político exclusivo para ella misma, es decir, para un gobierno elegido entre la mayoría liberal del Parlamento; y ese gobierno, antes de que su nuevo poder fuese reconocido definitivamente, debía mantener una lucha de diez años contra el viejo sistema representado por la corona. Esto significaría diez años de debilitamiento interior. Pero, por otra parte, la burguesía exigía una transformación revolucionaria de Alemania, posible sólo mediante la violencia y, por tanto, mediante una dictadura efectiva. Y, desde 1848, la burguesía había mostrado paso a paso, en cada momento decisivo, que no tenía ni sombra de la energía necesaria para realizar una u otra cosa, por no hablar ya de realizar ambas a la vez. En política solamente existen dos fuerzas decisivas: la fuerza organizada del Estado, el ejército, y la fuerza no organizada, la fuerza elemental de las masas populares. En 1848, la burguesía había desaprendido el apelar a las masas; les tenía más miedo que al absolutismo. Y el ejército no estaba en absoluto a su disposición. Como era lógico, estaba a disposición de Bismarck.

En el conflicto en torno a la constitución, que no había terminado aún, Bismarck combatió al extremo las exigencias parlamentarias de la burguesía. Pero ardía en deseos de hacer valer sus reivindicaciones nacionales, ya que coincidían con los anhelos más íntimos de la política prusiana. Si, una vez más, cumpliese la voluntad de la burguesía contra la voluntad de ella misma, si llevase a la práctica la unificación de Alemania tal y como había sido formulada por la burguesía, el conflicto se hubiese resuelto y Bismarck se habría convertido en el ídolo de los burgueses del mismo modo que Luis Napoleón, su modelo. La burguesía le señaló el objetivo y Luis Napoleón, la vía para lograrlo; el lograrlo era cosa de Bismarck.

Para poner a Prusia a la cabeza de Alemania no sólo era preciso expulsar por la fuerza a Austria de la Confederación Germánica[66], sino también someter a los pequeños estados alemanes. En la política prusiana, la guerra "fresca y alegre[67]" de alemanes contra alemanes siempre había sido el procedimiento predilecto para aumentar su territorio; un bravo prusiano no tenía motivos para temer tal cosa. El segundo procedimiento principal de la política prusiana, la alianza con el extranjero contra los alemanes, tampoco podía suscitar dudas. Al sentimental zar Alejandro lo tenía en el bolsillo. Luis Napoleón jamás había negado la misión de Prusia de desempeñar en Alemania el papel del Piamonte y estaba dispuesto a pactar una pequeña transacción con Bismarck. Prefería, si fuese posible, conseguir por vía pacífica lo que le hacía falta, en forma de compensaciones. Además, no tenía necesidad de toda la orilla izquierda del Rin de una vez; si se la diesen por partes, a razón de un trozo por cada nuevo avance de Prusia, llegaría igual a la meta, pero chocando menos. A ojos de los chovinistas franceses, una milla cuadrada en el Rin equivalía a Niza y toda la Saboya. Comenzaron, por tanto, las negociaciones con Luis Napoleón y se obtuvo su consentimiento para la ampliación de Prusia y la constitución de una Confederación Alemana del Norte[68]. Está fuera de duda que

---

[65] La intervención militar francesa en México, iniciada en 1862 con apoyo británico y español, perseguía aplastar la revolución mexicana y transformar México en una colonia europea, pero acabó en derrota y en 1867los imperialistas franceses tuvieron que abandonar el país.

[66] Confederación Germánica: Agrupación de estados absolutistas feudales alemanes creada en junio de 1815 por el congreso de Viena y que refrendó la división política y económica de Alemania. Dejó de existir durante la guerra austro-prusiana de 1866 y fue sustituida por la Confederación Alemana del Norte.

[67] La expresión "una guerra fresca y alegre" fue usada por primera vez en 1853 por el historiador y publicista reaccionario G. Leo; en los años posteriores se utilizaba con espíritu militarista y chovinista.

[68] La Confederación Alemana del Norte, que comprendía 19 estados y 3 ciudades libres del norte y centro de Alemania, fue formada en 1867 a propuesta de Bismarck. Su formación fue una de las etapas decisivas de la

a cambio se le ofreció una porción de territorio alemán en el Rin[*]; durante las negociaciones con Govone[69], Bismarck habló de la Baviera y la Hesse renanas. Cierto es que a posteriori lo negó. Pero un diplomático, sobre todo prusiano, tiene sus propias ideas de hasta qué límite está autorizado, o incluso obligado, a violentar la verdad. La verdad es una mujer y debe de gustarle eso, razonaba el junker. Luis Napoleón no era tan tonto como para consentir la expansión de Prusia sin que ésta le prometiese una compensación; era más probable que Bleichroeder prestase dinero sin cobrar interés. Pero no conocía lo suficiente a sus prusianos y, al final, lo engañaron. En una palabra, una vez neutralizado, se concertó una alianza con Italia para asestar el "golpe en el corazón".

Los filisteos[70] de diversos países se indignaron con esa expresión. Absolutamente sin razón. *À la guerre comme à la guerre.*[71] Esta expresión no hace más que probar que Bismarck veía en la guerra civil alemana de 1866[72] lo que efectivamente era, es decir, una revolución, y que estaba dispuesto a llevarla a cabo con medios revolucionarios. Y así lo hizo. Su modo de proceder respecto del Parlamento federal fue revolucionario. En lugar de acatar la decisión constitucional del órgano federal, lo acusó —puro subterfugio— de haber violado la Confederación, rompió la Confederación, proclamó una nueva constitución con un Reichstag elegido por sufragio universal revolucionario y finalmente acabó con el Parlamento federal de Frankfurt[73]. Organizó en la Alta Silesia una legión húngara al mando del general Klapka y otros oficiales revolucionarios; los soldados de esta legión, desertores y prisioneros de guerra húngaros, debían luchar contra sus generales legítimos[*]. Después de la conquista de Bohemia, Bismarck dirigió una proclama a los habitantes del glorioso reino de Bohemia, cuyo contenido contradecía virulentamente las tradiciones legitimistas. Concertada la paz, se apoderó para Prusia de todas las posesiones de tres príncipes federales alemanes legítimos y de una ciudad libre, con la particularidad de que la expulsión de esos príncipes, que no tenían menos "derecho divino" que el rey de Prusia, no suscitó el menor remordimiento de la conciencia cristiana y legitimista de este último. En pocas palabras, fue una revolución completa llevada a cabo con medios revolucionarios. Por supuesto, estamos lejos de reprochárselo. Al contrario, le reprochamos el no haber sido suficientemente revolucionario, el haber sido solamente un revolucionario prusiano desde arriba, el haber iniciado toda una revolución desde unas posiciones desde las que sólo se puede realizar a medias, el haberse contentado, una vez tomado el camino de las anexiones, con cuatro miserables pequeños estados. Pero apareció renqueando Napoleón el Pequeño y pidió su recompensa. Durante la guerra habría podido tomar en el Rin todo lo que hubiese querido: no ya el territorio, sino las plazas fuertes estaban sin protección. Titubeó; esperaba una guerra larga que agotase a los dos bandos, pero de pronto se asestaron golpes rápidos: Austria fue derrotada en ocho días. Exigió primero lo que Bismarck había señalado al general Govone como posible compensación: la

reunificación de Alemania bajo la hegemonía de Prusia. Desapareció en enero de 1871, al proclamarse el Imperio alemán.

[*] Nota marginal de Engels, a lápiz: "Línea de reparto: el [río] Meno".

[69] Giuseppe Govone (1825-1872): General, político y agente secreto italiano.

[70] En sentido figurado, personas de espíritu vulgar, escasos conocimientos y poca sensibilidad.

[71] "En la guerra como en la guerra"; en francés en el original.

[72] Alusión a la guerra austro-prusiana de 1866, en la que varios estados de la Confederación Germánica lucharon al lado de Austria. Varios estados del norte alemán y tres ciudades libres lucharon junto a Prusia.

[73] En la primavera de 1866, Austria se dirigió al Parlamento federal quejándose de que Prusia había violado el convenio sobre la administración conjunta de los ducados de Schleswig y Holstein; Bismarck se negó a acatar la decisión del Parlamento, que, a propuesta de Austria, le declaró la guerra a Prusia. En vista de los éxitos de las tropas prusianas, el Parlamento federal se vio obligado a trasladarse de Frankfurt a Augsburgo, donde ese agosto declaró el cese de su actividad.

[*] Nota marginal de Engels, a lápiz: "¡Juramento a la bandera!".

Baviera y la Hesse renanas con Maguncia. Pero Bismarck ya no podía entregarlas aunque quisiese. Los grandes éxitos bélicos le habían impuesto nuevas obligaciones.

Desde el momento en que Prusia asumió el deber de apoyar y proteger a Alemania, no podía ya vender al extranjero Maguncia, la llave del Rin Medio. Bismarck se negó. Luis Napoleón estaba dispuesto a regatear; sólo pidió Luxemburgo, Landau, Sarrelouis y la cuenca hullera de Serrebruck. Pero Bismarck tampoco los podía ya ceder, y menos cuando esta vez se exigía también territorio de Prusia. ¿Por qué Luis Napoleón no se apoderó de ello en el momento oportuno, cuando los prusianos estaban enfrascados en Bohemia? En fin, lo de las compensaciones en favor de Francia no dio resultado. Bismarck sabía que eso significaba una guerra ulterior con Francia, pero eso era precisamente lo que quería.

Al concertarse la paz, Prusia utilizó esta vez la situación favorable con más escrúpulos de los habituales en caso de éxito. Tenía bastantes motivos para ello. Sajonia y Hesse-Darmstadt fueron integradas en la nueva Confederación Alemana del Norte y, por tanto, perdonadas. A Baviera, Wurtemberg y Baden había que tratarlos con moderación, ya que Bismarck se proponía concluir con ellos alianzas defensivas y ofensivas secretas. Y Austria, ¿acaso Bismarck no le había prestado servicio al cortar las trabas tradicionales que la sujetaban a Alemania e Italia? ¿Acaso no le había creado por primera vez, finalmente, la tan ansiada situación independiente de gran potencia? ¿Acaso él, al vencerla en Bohemia, no comprendía mejor que la propia Austria lo que le convenía? ¿Acaso Austria no debía comprender, si razonaba sensatamente, que la situación geográfica y la proximidad territorial de ambos países convertían a la Alemania unificada por Prusia en su aliada necesaria y natural? Así, por primera vez en toda su existencia, Prusia pudo cubrirse con una aureola de generosidad, renunciando al embutido para quedarse con el jamón. En los campos de batalla de Bohemia no sólo fue derrotada Austria, sino también la burguesía alemana. Bismarck le demostró que sabía mejor que ella lo que le convenía. No cabía pensar siquiera en la continuación del conflicto por parte del Parlamento. Las pretensiones liberales de la burguesía habían sido enterradas por mucho tiempo, pero sus exigencias nacionales se cumplían cada día más y más. Bismarck hizo realidad su programa nacional con una rapidez y precisión que la asombraron. Y, tras mostrarle palpablemente, *in corpore vile,* en su propio cuerpo miserable[74], su decrepitud, falta de energía y, a la vez, su completa incapacidad para poner en práctica su propio programa, Bismarck, ostentando generosidad también con ella, se presentó ante el Parlamento, ahora ya prácticamente desarmado, para pedir un proyecto de ley de indemnidad por el gobierno anticonstitucional durante el conflicto. La Cámara, emocionada hasta el llanto, aprobó el proyecto, ya completamente inofensivo[75]. No obstante, se le recordó a la burguesía que también ella había sido vencida en Königgrätz[76]. La constitución de la Confederación Alemana del Norte fue cortada siguiendo el patrón de la constitución prusiana[77] en la

[74] Expresión a semejanza de *In anima vili* ("En alma vil"), usada sobre todo en la Medicina experimental para indicar que algo se probó en un animal.

[75] En septiembre de 1866, la Dieta prusiana aprobó el proyecto de ley presentado por Bismarck eximiendo al gobierno de responsabilidad por el gasto que no había sido ratificado legislativamente en el período del conflicto constitucional (ver la nota 50).

[76] Se trata de la decisiva batalla de la guerra austro-prusiana en la aldea de Sadowa, cercana a la ciudad de Königgrätz (la actual Hradec Králové, en la República Checa), en julio de 1866. La batalla de Sadowa terminó con una gran derrota de las tropas austríacas.

[77] La constitución de la Confederación Alemana del Norte, ratificada en abril de 1867 por el Reichstag Constituyente de la Confederación, refrendaba el dominio efectivo de Prusia en la Confederación. El rey de Prusia fue declarado presidente de la misma, comandante en jefe de las fuerzas armadas federales y responsable de la política exterior. Los poderes legislativos del Reichstag de la Confederación, que se elegía por sufragio universal, eran muy limitados; sus leyes tenían que ser ratificadas por el reaccionario Consejo federal y refrendadas por el presidente. La constitución de la Confederación sería más tarde la base de la constitución del Imperio alemán en 1871.

auténtica interpretación que le había dado el conflicto. Se prohibió negarse a votar los impuestos. El canciller federal y sus ministros serían nombrados por el rey de Prusia al margen de cualquier mayoría parlamentaria. La independencia del ejército respecto del Parlamento, asegurada gracias al conflicto, se mantuvo también respecto del Reichstag. Pero los diputados a este último tenían la alentadora conciencia de haber sido elegidos por sufragio universal. Se lo recordaba también, aunque de modo desagradable, la presencia de dos socialistas entre ellos.[78] Por primera vez aparecían diputados socialistas, representantes del proletariado, en una asamblea parlamentaria. Era un presagio amenazante.

En los primeros tiempos, todo eso no tenía importancia. Ahora se trataba de llevar a término y utilizar la nueva unidad del Imperio en beneficio de la burguesía, al menos la de Alemania del Norte, y, con ayuda de eso, atraer también a la nueva Confederación a los burgueses de la Alemania del Sur. La constitución federal suprimió de la legislación de los estados y asignó a la legislación de la Confederación las competencias económicas más importantes, a saber: el derecho civil común y la libertad de circulación en todo el territorio de la Confederación, el derecho de domicilio, la legislación de los oficios, el comercio, las aduanas, la navegación, la moneda, las pesas y medidas, los ferrocarriles, las vías acuáticas, los correos y telégrafos, las patentes, los bancos, toda la política exterior, los consulados, la protección del comercio en el extranjero, la policía médica, el derecho penal, el procedimiento judicial, etc. La mayor parte de estos problemas fue resuelta ahora por vía legislativa y, considerada en conjunto, en un espíritu liberal. Así se eliminaron —¡por fin!— las manifestaciones más monstruosas del sistema de pequeños estados, que impedían, por una parte, el desarrollo del capitalismo y, por otra, los apetitos de dominación prusiana. Pero no era una realización de alcance histórico universal, como ahora proclamaba a los cuatro vientos el burgués, que se volvía chovinista; era una imitación extremamente atrasada e incompleta de lo realizado por la Revolución Francesa setenta años antes, llevado a cabo desde hacía mucho tiempo por todos los demás estados civilizados. En lugar de jactarse, habría que avergonzarse de que la “muy culta” Alemania hubiese sido la última.

Durante todo el período de existencia de la Confederación Alemana del Norte, Bismarck accedió gustoso a las pretensiones de la burguesía en el terreno económico, e incluso en la discusión de los problemas de los poderes parlamentarios sólo mostraba su puño de hierro metido en guante de seda. Eran sus mejores tiempos. A veces se podía incluso dudar de su estrechez de espíritu específicamente prusiana, de su incapacidad de comprender que en la historia universal existen otras fuerzas más poderosas que los ejércitos y las intrigas diplomáticas que en ellos se apoyan.

Bismarck sabía perfectamente, y además lo deseaba, que la paz con Austria estaba preñada de guerra con Francia. Esa guerra debía ofrecer precisamente el medio de concluir la creación del imperio prusiano-alemán que la burguesía alemana le había planteado*. Las tentativas de

---

Según la constitución de 1850, Prusia conservaba la cámara alta, compuesta preferentemente de representantes de la nobleza feudal (“cámara de los señores”), y los poderes de la dieta eran muy limitados, careciendo incluso de iniciativa legislativa. Los ministros eran nombrados por el rey y sólo respondían ante él, y el gobierno tenía derecho a crear tribunales especiales para juzgar las causas de alta traición. La constitución prusiana de 1850 siguió en vigor tras la formación del Imperio alemán.

[78] August Bebel y Wilhelm Liebknecht.

* Ya antes de la guerra con Austria, interpelado por un ministro de un estado mediano acerca de su política alemana demagógica, Bismarck le respondió que, a despecho de todos los discursos, arrojaría a Austria de Alemania y rompería la Confederación: —¿Y usted cree que los estados medianos se quedarán tranquilos ante todo eso? —Ustedes, los estados medianos, no harán absolutamente nada. —¿Y que harán los alemanes? —Los llevaré en seguida a París y los unificaré allí. (Contado en París la víspera de la guerra con Austria por el mencionado ministro y publicado durante la contienda en *The Manchester Guardian* por su corresponsal parisiense, la Sra. Crawford). (N. del A.)

transformar paulatinamente el Parlamento aduanero[79] en Reichstag y de incorporar así, poco a poco, a los estados del sur a la Confederación del Norte fracasaron, tropezando con la unánime exclamación de los diputados de esos estados: "¡Ninguna ampliación de competencias!". Los ánimos de los gobiernos que acababan de ser vencidos en los campos de batalla no eran más favorables. Sólo una prueba nueva y palpable de que Prusia era mucho más fuerte que ellos y que, además, era bastante fuerte para protegerlos, es decir, sólo una nueva guerra, una guerra de toda Alemania, podía llevarlos rápidamente a la capitulación. Además, la línea de separación a lo largo del Meno[80], convenida secretamente antes entre Bismarck y Luis Napoleón, parecía, tras la victoria, impuesta por éste a Prusia, por lo cual la unificación con Alemania del Sur constituía una violación del derecho de Francia a dividir Alemania, reconocido esta vez formalmente, y era un motivo de guerra.

Mientras tanto, Luis Napoleón debía ver si encontraba algún territorio en cualquier parte de la frontera alemana del que pudiese apropiarse como compensación por Sadowa. Al reorganizarse la Confederación Alemana del Norte se dejó al margen Luxemburgo, ahora un estado que, aunque completamente independiente, se hallaba en unión personal con Holanda. Además, Luxemburgo estaba casi tan afrancesado como Alsacia y tendía mucho más hacia Francia que hacia Prusia, a la que odiaba positivamente.

Luxemburgo ofrece un ejemplo asombroso de lo que la miseria política de Alemania desde finales de la Edad Media ha hecho de las regiones fronterizas franco-alemanas, un ejemplo tanto más asombroso dado que Luxemburgo perteneció nominalmente a Alemania hasta 1866. Compuesto hasta 1830 por una parte alemana y otra francesa, la primera, no obstante, se sometió pronto a la influencia de la civilización francesa, superior. Los emperadores alemanes de la casa de Luxemburgo eran, por idioma y educación, franceses. Tras su incorporación al ducado de Borgoña (1440), Luxemburgo, al igual que el resto de los Países Bajos, no mantenía más que relaciones nominales con Alemania: su admisión a la Confederación Germánica en 1815 no cambió nada. Después de 1830, su mitad francesa y una gran porción de la parte alemana pasaron a Bélgica. Pero en la parte alemana que quedaba, todo se conservaba sobre bases francesas: en los tribunales, en las instituciones gubernamentales, en la Cámara, todo se hacía en francés; todos los documentos oficiales y privados, todos los libros comerciales se escribían en francés; la enseñanza en las escuelas medias era en francés; el idioma culto seguía siendo el francés, por supuesto un francés que las pasaba canutas a causa del desplazamiento altoalemán de las consonantes. En pocas palabras, en Luxemburgo se hablaban dos idiomas: un dialecto popular franco-renano y el francés; pero el altoalemán seguía siendo un idioma extranjero. La guarnición prusiana de la capital agravaba más que mejoraba la situación. Todo esto es bastante humillante para Alemania, pero es verdad. Y este afrancesamiento voluntario de Luxemburgo arroja la verdadera luz sobre fenómenos semejantes en Alsacia y la Lorena alemana.

El rey de Holanda[81], duque soberano de Luxemburgo, sabía aprovechar muy bien su dinero y se mostró dispuesto a vender el ducado a Luis Napoleón. Los luxemburgueses habrían consentido sin reserva la incorporación a Francia: lo probó su posición en la guerra de 1870. Desde el punto de vista del derecho internacional, Prusia no podía objetar nada en absoluto, puesto que ella misma había provocado la exclusión de Luxemburgo de Alemania. Sus tropas

---

[79] Parlamento aduanero: Órgano dirigente de la Unión Aduanera, cuya formación fue acordada en el tratado de Prusia con los estados alemanes meridionales que siguió a la guerra de 1866. Estaba compuesto por miembros del Reichstag de la Confederación Alemana del Norte y por diputados especialmente elegidos de los estados alemanes meridionales (Baviera, Baden, Württemberg y Hesse). Se ocupaba en exclusiva de cuestiones de política comercial y aduanera; la aspiración de Bismarck de dotarlo poco a poco de competencias políticas chocó con la resistencia encarnizada de los representantes del sur.

[80] El río Meno era la frontera entre la Confederación Alemana del Norte y la Alemania del Sur.

[81] Guillermo III.

se encontraban en la capital como guarnición de una plaza fuerte federal alemana; desde el momento en que Luxemburgo dejó de ser una plaza fuerte federal, no había razón para que dichas tropas permaneciesen allí. Ahora bien, ¿por qué no se marcharon, por qué Bismarck no pudo consentir la anexión?

Simplemente porque las contradicciones en que se había embrollado habían salido a la superficie. *Antes* de 1866, Alemania solamente era para Prusia un territorio para anexiones, a compartir con el extranjero. *Después* de 1866, Alemania pasó a ser un *protectorado* de Prusia, al que había que defender de las garras extranjeras. Cierto es que, por interés de Prusia, partes enteras de Alemania no fueron incluidas en la llamada Alemania recién formada. Pero el derecho de la nación alemana a la integridad de su propio territorio imponía ahora a la corona prusiana el deber de impedir la incorporación de esos territorios de la antigua Confederación a países extranjeros y de tener abierta la puerta para su anexión futura al nuevo estado prusiano-alemán. Por esta razón se frenó a Italia en la frontera del Tirol[82] y por la misma razón Luxemburgo no debía ahora pasar a manos de Luis Napoleón. Un gobierno realmente revolucionario podía proclamarlo abiertamente, pero no el revolucionario regio prusiano, que finalmente consiguió hacer de Alemania un "concepto geográfico" al estilo de Metternich.[83]

Desde el punto de vista del derecho internacional, se había colocado en la situación de infractor y sólo podía salir del apuro recurriendo a su interpretación predilecta del derecho internacional en boga en las tabernas de las corporaciones estudiantiles.

El que no se le hubiese puesto abiertamente en ridículo se debió solamente a que, en la primavera de 1867, Luis Napoleón no estaba aún preparado de ninguna manera para una gran guerra. Se llegó a un acuerdo en la conferencia de Londres. Los prusianos se retiraron de Luxemburgo; la fortaleza fue demolida, el ducado se proclamó neutral[84]. Se volvió a aplazar la guerra. Luis Napoleón no podía sentirse tranquilo. Aceptó de buen grado el acrecentamiento del poderío de Prusia, pero sólo a condición de recibir las correspondientes compensaciones en el Rin. Estaba dispuesto a contentarse con poco e incluso a moderar todavía más sus modestas pretensiones, pero no consiguió nada, lo engañaron en todo. Pero un imperio bonapartista en Francia sólo era posible si desplazaba progresivamente la frontera hacia el Rin y si Francia seguía siendo —en la realidad o, al menos, en la imaginación— el árbitro de Europa. No se logró correr la frontera, la situación de árbitro estaba ya en peligro, la prensa bonapartista gritaba a voz en cuello acerca de la revancha por Sadowa; a fin de mantenerse en el trono, Luis Napoleón debía permanecer fiel a su papel y conseguir por la fuerza lo que no había logrado por las buenas, pese a todos los servicios que había prestado.

Ambas partes comenzaron una activa preparación diplomática y militar para la guerra. Y aquí tuvo lugar el siguiente incidente diplomático. España buscaba un candidato al trono. En marzo [de 1869], Benedetti, embajador francés en Berlín, oye decir que el príncipe Leopoldo de Hohenzollern solicita el trono; París le encarga comprobarlo. El subsecretario de Estado von Thile le da su palabra de honor de que el gobierno prusiano no sabe nada. Durante su viaje a París, Benedetti conoce el punto de vista del emperador: "Esa candidatura es esencialmente antinacional, el país no lo consentirá, hay que impedirlo".

---

[82] El tratado con Austria concertado en octubre de 1866 en Viena le devolvió Venecia a Italia, que había participado en la guerra austro-prusiana al lado de Prusia, pero las pretensiones italianas en cuanto al Tirol Meridional y a Trieste quedaron insatisfechas.

[83] Alusión a la expresión del canciller austríaco Metternich "Italia es un concepto geográfico", empleada en un despacho de 1847 al conde de Apponyi, embajador en París. También la usó para referirse a Alemania.

[84] La conferencia de Londres sobre la cuestión de Luxemburgo, en la que participaron Austria, Rusia, Prusia, Francia, Italia, Países Bajos y Luxemburgo, se celebró en mayo de 1867. Según el tratado firmado, el ducado de Luxemburgo (el título de duque lo conservaba, como antes, el rey de los Países Bajos) fue declarado neutral. Prusia se comprometía a retirar inmediatamente su guarnición de la fortaleza de Luxemburgo y Napoleón debía renunciar a sus pretensiones de anexionarlo a Francia.

Diremos de pasada que, con eso, Luis Napoleón demostraba lo mucho que había venido a menos. En efecto, ¿podía haber una "venganza por Sadowa" más bella que el reinado de un príncipe prusiano en España, los inconvenientes que se desprendían de ello, el enfrascamiento de Prusia en las relaciones internas de los partidos españoles, posiblemente una guerra, una derrota de la enana marina de Prusia y, en todo caso, Prusia en una situación extremadamente grotesca ante los ojos de Europa? Pero Luis Napoleón no podía permitirse ya semejante espectáculo. Su crédito estaba tan minado, que tenía que contar con el punto de vista tradicional, según el cual un príncipe alemán en el trono de España colocaría a Francia entre dos fuegos y, por consiguiente, no se podía tolerar, punto de vista pueril después de 1830.

Para recibir nuevas explicaciones y exponerle la posición de Francia, Benedetti visitó a Bismarck (11 de mayo de 1869). No consiguió saber nada concreto. En cambio, Bismarck se enteró de lo que quería enterarse: que la presentación de la candidatura de Leopoldo significaría la guerra inmediata con Francia. De este modo, Bismarck obtuvo la posibilidad de comenzar la guerra cuando le viniese mejor.

En efecto, en julio de 1870 volvió a surgir la candidatura de Leopoldo, lo que llevó inmediatamente a la guerra, por más que se opusiese a ello Luis Napoleón, quien no sólo se dio cuenta de que había caído en una trampa, sino que comprendió que se jugaba su poder imperial; confiaba muy poco en la honradez de su pandilla de azufre[85] bonapartista, la cual le aseguraba que estaba listo hasta el último botón de las polainas, y confiaba todavía menos en sus aptitudes militares y administrativas. Las consecuencias lógicas de su pasado lo arrastraban a la perdición; incluso sus propias vacilaciones aceleraban su caída.

Bismarck, al contrario, además de estar completamente preparado en el aspecto militar, se apoyaba esta vez efectivamente en el pueblo, que, tras todas las mentiras diplomáticas de ambos partidos, sólo veía una cosa: no se trataba sólo de una guerra por el Rin, sino de una guerra por su existencia nacional. Por vez primera desde 1813, los reservistas y la Landwehr afluyeron en masa, llenos de entusiasmo y dispuestos a luchar. No importaba cómo se había producido todo eso, no importaba qué parte de la herencia nacional de dos milenios Bismarck había o no había prometido por propia iniciativa a Luis Napoleón, se trataba de hacer entender al extranjero de una vez y para siempre que no debía inmiscuirse en los asuntos internos alemanes y que Alemania no tenía la misión de apuntalar el vacilante trono de Luis Napoleón con concesiones de territorio alemán. Y frente a tal entusiasmo nacional, desaparecieron todas las diferencias de clase, se disiparon todos los antojos de las cortes de Alemania del Sur acerca de la Confederación del Rin y todas las ansias de restauración de los príncipes expulsados.

Las dos partes buscaban aliados. Luis Napoleón estaba seguro de Austria y Dinamarca y, hasta cierto punto, de Italia. Bismarck tenía de su lado a Rusia. Pero, como siempre, Austria no estaba preparada y no pudo intervenir activamente antes del 2 de septiembre, y el 2 de septiembre Luis Napoleón era ya prisionero de los alemanes; además, Rusia notificó a Austria que la atacaría en cuanto ésta atacase a Prusia. En Italia, Luis Napoleón recogía los frutos de su doblez política: había querido levantar el movimiento de la unidad nacional, pero, a la vez, había querido proteger al papa contra esa unidad nacional; seguía ocupando Roma con tropas que necesitaba en casa, pero que no podía retirar sin antes obligar a Italia a respetar Roma y la soberanía papal, lo que, a su vez, impedía que Italia acudiese en su ayuda. Finalmente, Dinamarca recibió de Rusia la orden de estarse quieta. Pero los rápidos golpes de las armas

[85] "Pandilla de azufre": Nombre de una agrupación de estudiantes de la Universidad de Jena en la década de los 70 del siglo XVIII, que gozaba de mala reputación debido a los escándalos que protagonizaba. La expresión "pandilla de azufre" se hizo sinónimo de todo grupo compuesto por delincuentes y elementos poco recomendables.

alemanas, desde Spickeren y Woerth hasta Sedán[86], ejercieron en la localización de la guerra un efecto más decisivo que todas las negociaciones diplomáticas. El ejército de Luis Napoleón era derrotado en todos los combates y, finalmente, tres cuartas partes del mismo se vieron prisioneros en Alemania. La culpa de ello no la tuvieron los soldados, que habían combatido con bastante valor, sino el jefe y el régimen. Pero quien había creado, como Luis Napoleón, su imperio con ayuda de una pandilla de canallas, quien había mantenido en sus manos a lo largo de dieciocho años el poder en ese imperio sólo por haberle dado a esa caterva la posibilidad de explotar a Francia, quien había colocado en los principales puestos del Estado a hombres de esa gavilla y en los cargos secundarios, a sus cómplices, no debía emprender una lucha a vida o muerte, si no quería verse en un atolladero. En menos de cinco semanas se desmoronó el edificio del imperio que durante largos años había entusiasmado al filisteo europeo. La revolución del 4 de septiembre[87] no hizo más que recoger los escombros, y Bismarck, que había empezado la guerra para fundar el pequeño imperio alemán, se vio una bella mañana en el papel de fundador de la República Francesa.

Según la propia proclama de Bismarck, la guerra no se había llevado contra el pueblo francés, sino contra Luis Napoleón. Con la caída de éste, desaparecía toda causa de guerra. Lo mismo pensaba el gobierno del 4 de septiembre —no tan ingenuo en otros problemas—, y quedó muy sorprendido cuando Bismarck mostró de pronto todo lo junker prusiano que era. Nadie en el mundo odia tanto a los franceses como los junkers prusianos. Y no sólo porque éstos, hasta ahí exentos de impuestos, habían sufrido en 1806-1813, a consecuencia de su propia vanidad, el duro castigo impuesto por los franceses; era mucho peor el que esos franceses ateos hubiesen turbado tanto las cabezas con su sacrílega revolución, que el viejo esplendor de los junkers había sido enterrado casi por completo hasta en la vieja Prusia y los pobres junkers tenían que sostener año tras año una lucha tenaz por los últimos restos de ese esplendor, habiendo bajado la mayor parte de ellos al rango de deplorable nobleza parasitaria. Francia merecía la venganza por todo eso, y los oficiales junkers del ejército, bajo la dirección de Bismarck, se encargaron de ello. Se redactaron las listas de las contribuciones de guerra que Francia había cobrado a Prusia, se evaluaron luego las proporciones de la contribución de guerra que debían pagar las ciudades y los departamentos franceses, habida cuenta, naturalmente, que Francia era un país mucho más rico. Se requisaron víveres, forrajes, ropa, calzado, etc. con una implacabilidad ostentativa. Un alcalde de las Ardenas que declaró no poder satisfacer la exigencia recibió, sin más ni más, veinticinco bastonazos; el gobierno de París publicó pruebas oficiales de esto. Los francotiradores[88], que procedían tan exactamente de acuerdo con el decreto de 1813 sobre el *Landsturm* prusiano[89] como si lo hubiesen estudiado para eso, eran fusilados sin piedad sobre el terreno. Son igualmente fidedignos los cuentos de los relojes de péndulo enviados a Alemania: la *Kölnische Zeitung* lo publicó. Sólo en opinión de los prusianos esos relojes no se consideraban robados, sino hallados como bienes sin dueño en las casas de campo abandonadas en las inmediaciones de París y anexadas en favor de los familiares que se habían quedado en la patria. De esta manera, los junkers, bajo la dirección de Bismarck, se encargaron de que, a despecho de la conducta irreprochable

---

[86] En las batallas de Spickeren (Lorena) y Woerth (Alsacia), en agosto de 1870, las tropas prusianas derrotaron a las francesas. La batalla de Sedán, un mes más tarde, inclinó definitivamente la contienda a favor de Prusia.

[87] El 4 de septiembre de 1870 se produjo un alzamiento revolucionario de las masas populares, que provocó la caída del Segundo Imperio, la proclamación de la República y la formación del Gobierno Provisional, en el que, además de republicanos moderados, entraron monárquicos. Este gobierno, encabezado por Trochu, gobernador militar de París, y Thiers, su auténtico inspirador, tomó el camino de la traición nacional y la componenda con el enemigo exterior.

[88] Francotiradores (*franc-tireur*): Nombre que recibían los guerrilleros franceses durante la guerra franco-prusiana de 1870-1871.

[89] El *Landsturm* fue una milicia territorial prusiana creada por un decreto de 1813 que estipulaba la formación de guerrillas de voluntarios para hostigar la retaguardia y los flancos del ejército de Napoleón.

tanto de los soldados como de una gran parte de los oficiales, se mantuviese el carácter específicamente prusiano de la guerra y de que los franceses no se olvidasen de ello; pero estos últimos hicieron recaer sobre todo el ejército la responsabilidad por la odiosa mezquindad de los junkers.

No obstante, a esos mismos junkers les tocó en suerte rendir al pueblo francés unos honores que la historia jamás había visto. Cuando todas las tentativas de eliminar el bloqueo de París habían fracasado, cuando todos los ejércitos franceses habían sido rechazados, cuando la última gran ofensiva de Bourbaki[90] sobre las líneas de comunicación alemanas fracasó, cuando toda la diplomacia europea abandonó a Francia a su propia suerte, sin mover un dedo, París, presa del hambre, tuvo que capitular. Y los corazones de los junkers latieron aún más fuerte cuando pudieron, por fin, entrar triunfantes en el nido impío y vengarse a sus anchas de los archirrebeldes parisinos, cosa que no les habían permitido hacer ni el zar Alejandro en 1814 ni Wellington en 1815; ahora podían ensañarse en el centro y la patria de la revolución.

París capituló, pagó 200 millones de contribución de guerra; los fuertes fueron entregados a los prusianos; la guarnición depuso las armas a los pies de los vencedores y entregó su artillería de campaña; los cañones de las fortificaciones fueron desmontados de las cureñas; todos los medios de resistencia pertenecientes al Estado fueron entregados uno por uno. Pero no se tocó a los verdaderos defensores de París, la Guardia Nacional, el pueblo parisino en armas; nadie se atrevió a exigirle sus armas ni sus cañones[*]. Y para anunciar al mundo entero que el victorioso ejército alemán se había detenido respetuosamente frente al pueblo armado de París, los vencedores no entraron en la ciudad, se contentaron con ocupar durante tres días los Campos Elíseos —¡un jardín público!— ¡en el que se hallaban vigilados y bloqueados por centinelas de los parisinos! Ningún soldado alemán entró en el ayuntamiento de París, ninguno pudo pasear por los jardines y los pocos que fueron admitidos al Louvre para admirar las obras de arte tuvieron que pedir permiso, a fin de no violar las condiciones de la capitulación. Francia había sido derrotada, París se moría de hambre, pero el pueblo parisino se había ganado, con su glorioso pasado, tal respeto, que ningún vencedor se atrevió siquiera a exigir su desarme, ninguno tuvo el valor de entrar en sus casas para registrarlas ni de profanar con una marcha triunfal esas calles, campo de batalla de tantas revoluciones. Fue como si el recién proclamado emperador alemán[91] se quitase el sombrero ante los revolucionarios vivos de París, como en otros tiempos su hermano se había descubierto ante los cadáveres de los combatientes de Marzo en Berlín[92], y como si todo el ejército alemán, formado detrás del emperador, les presentase armas. Pero fue el único sacrificio que Bismarck tuvo que aceptar. So pretexto de que en Francia no había gobierno que pudiese concertar la paz con él, lo que era tanto verdad como mentira, el 4 de septiembre y el 28 de enero[93] se valió de sus éxitos de una manera puramente prusiana, hasta la última gota, y no se mostró dispuesto a la paz hasta que vio a Francia completamente postrada. Y al firmar la paz "utilizó sin escrúpulos la situación favorable", como se dice en buen viejo prusiano. Además de extorsionar la cuantía inaudita de 5.000 millones de indemnización, le arrancó a Francia dos provincias —Alsacia y la Lorena alemana, con Metz y Estrasburgo— y las incorporó a Alemania. Con esa anexión,

[90] Charles Bourbaki (1816-1897) fue un general francés.

[*] Precisamente estos cañones, pertenecientes a la Guardia Nacional y no al Estado, y por tanto no entregados a los prusianos, fueron los que Thiers ordenó robar a los parisinos el 18 de marzo de 1871, lo que provocó la insurrección que dio lugar a la Comuna. (N. del A.)

[91] Guillermo I.

[92] El 19 de marzo de 1848, el pueblo sublevado de Berlín obligó al rey prusiano Federico Guillermo IV a salir al balcón de palacio y descubrirse ante los cadáveres de los muertos durante la rebelión popular del día anterior.

[93] El 28 de enero de 1871, el gobierno francés de "defensa nacional", formado en septiembre de 1870 como resultado de la revolución, firmó con Bismarck el armisticio y la capitulación de París. El tratado de paz fue suscrito definitivamente en mayo en Frankfurt.

Bismarck se portó por primera vez como un político independiente, que, además de cumplir con sus propios métodos un programa que le había sido impuesto desde fuera, ponía en práctica los productos de su propia actividad cerebral; y aquí cometió su primer error colosal.[94]

Alsacia había sido conquistada en lo fundamental por Francia ya en la guerra de los Treinta Años. Richelieu[95] había abandonado con eso el firme principio de Enrique IV: "Que la lengua española sea de España, la alemana, de Alemania, pero donde se habla francés me pertenece a mí".

Richelieu partía aquí del principio de la frontera natural del Rin, de la frontera histórica de la vieja Galia. Era una necedad; pero el Imperio alemán, que comprendía los dominios lingüísticos franceses de Lorena, Bélgica y hasta del Franco Condado, no tenía derecho a reprochar a Francia la anexión de países de habla alemana. Y si bien Luis XIV se apoderó de Estrasburgo en 1681, en tiempos de paz, con ayuda de un partido de inspiración francesa de la ciudad[96], Prusia no podía indignarse por ello después de haber violentado del mismo modo, aunque sin éxito, a la ciudad libre imperial de Nuremberg en 1796, sin que, por cierto, la hubiese invitado ningún partido prusiano.[*]

Lorena fue vendida a Francia por Austria en 1735 de acuerdo con el tratado de paz de Viena y en 1766 pasó definitivamente a manos francesas. A lo largo de los siglos sólo había pertenecido nominalmente al Imperio alemán, sus duques eran franceses en todos los aspectos y casi siempre aliados de Francia.

En los Vosgos, hasta la Revolución francesa, había una multitud de pequeños señores que se portaban respecto de Alemania como dignatarios dependientes directamente del emperador y, a la vez, reconocían la soberanía de Francia respecto de ellos. Sacaban provecho de esa doble situación. Y puesto que el Imperio alemán, en lugar de pedir cuentas a esos dinastas, lo toleraba, no pudo quejarse cuando Francia, en virtud de sus derechos soberanos, puso bajo su protección, frente a esos señores expulsados, a los habitantes de dichos dominios.

---

[94] Dada la falta de las siguientes páginas del manuscrito, el texto que sigue hasta la frase "Bismarck había logrado su objetivo" (página XX de esta edición) se reproduce de acuerdo a lo publicado en *Die Neue Zeit*.

[95] El cardenal Richelieu fue un estadista francés del siglo XVII.

[96] Por orden de Luis XIV, la ciudad de Estrasburgo, que pertenecía al Sacro Imperio Romano Germánico, fue ocupada en 1681 por las tropas francesas. El partido católico de la ciudad, encabezado por el obispo Fürstenberg, saludó la incorporación a Francia y contribuyó a que no hubiese resistencia.

[*] Se reprocha a Luis XIV el haber lanzado en plena paz a sus cámaras de reunificación sobre regiones alemanas que no le pertenecían. Ni la envidia más malévola podría reprochar lo mismo a los prusianos. Al contrario. Tras firmar la paz por separado con Francia en 1795, violando directamente la constitución imperial, tras reunir en torno suyo a sus vecinos pequeños, igualmente pérfidos, del otro lado de la línea de demarcación en la primera Confederación Alemana del Norte, para llevar a cabo sus tentativas anexionistas en Franconia se aprovecharon de la difícil situación en que se encontraban los estados de Alemania del Sur, que tuvieron que proseguir solos la guerra, aliados con Austria. Formaron en Ansbach y en Bayreuth, a la sazón prusianas, cámaras de reunificación al estilo de las de Luis XIV; pretendían una serie de territorios vecinos con pretextos tan absurdos que, comparados con ellos, los argumentos jurídicos de Luis parecían claros y convincentes al máximo. Y cuando los alemanes fueron derrotados y se replegaron, cuando los franceses entraron en Franconia, los salvadores prusianos ocuparon todo el territorio alrededor de Nuremberg, incluidos los arrabales hasta los muros de la ciudad, consiguiendo que los burgueses de Nuremberg, muertos de miedo, firmaran un tratado (2 de septiembre de 1796) por el cual la ciudad se sometía a la soberanía prusiana a condición de que los judíos jamás fuesen admitidos dentro de sus murallas. Pero, acto seguido, el archiduque Carlos pasó a la ofensiva y batió a los franceses en Wurzburg el 3 y el 4 de septiembre de 1796, con lo cual se desvaneció como el humo esa tentativa de lograr por la fuerza que los vecinos de Nuremberg comprendiesen la misión alemana de Prusia. (N. del A.) [Las cámaras de reunificación creadas por Luis XIV en 1679-1680 tenían la misión de argumentar y justificar, con razones jurídicas e históricas, las pretensiones respecto a porciones de países vecinos, que luego eran ocupadas por las tropas francesas. N. de la Ed.]

Antes de la revolución, ese territorio alemán no había sido afrancesado en absoluto. El alemán seguía siendo el idioma de la escuela y de la administración, al menos en Alsacia. El gobierno francés favorecía a las provincias alemanas que, tras largas y devastadoras guerras, a partir de comienzos del siglo XVIII no habían vuelto a ver al enemigo en sus tierras. Desgarrado por eternas guerras intestinas, el Imperio alemán no podía verdaderamente suscitar entre los alsacianos el deseo de volver a la madre patria; al menos gozaban de tranquilidad y paz, sabían cómo marchaban los asuntos, y los filisteos, que marcaban la pauta, veían en ello los caminos inescrutables del Señor. Además, su suerte no carecía de ejemplos, ya que los habitantes de Holstein se hallaban también bajo la dominación extranjera de Dinamarca.

Pero sobreviene la Revolución francesa. Lo que Alsacia y Lorena no se habían atrevido siquiera a esperar de Alemania les fue regalado por Francia. Las trabas feudales fueron rotas. El campesino siervo sujeto a la corvea[97] devino hombre libre, en muchos casos propietario libre de su finca y de su campo. En las ciudades desaparecieron el poder de los patricios y los privilegios gremiales. Se expulsó a la nobleza y, en las posesiones de los pequeños príncipes y señores, los campesinos siguieron el ejemplo de sus vecinos: echaron a los dinastas, a las cámaras del gobierno y a la nobleza, y se proclamaron ciudadanos franceses libres. En ninguna otra parte de Francia se adhirió el pueblo con mayor entusiasmo a la revolución que en las regiones de habla alemana. Y cuando el Imperio germánico declaró la guerra a la revolución, cuando se vio que los alemanes, además de soportar aún obedientes sus cadenas, se dejaban utilizar para volver a imponer a los franceses su antigua servidumbre y a los campesinos alsacianos los señores feudales que acababan de ser expulsados, se acabó el germanismo de Alsacia y Lorena, y sus habitantes aprendieron a odiar y despreciar a los alemanes. Entonces se compuso en Estrasburgo *La Marsellesa* y los alsacianos fueron los primeros en cantarla; los franceses alemanes, a despecho del idioma y del pasado, se unieron a los franceses nacionales en los campos de centenares de batallas en la lucha por la revolución, para formar un mismo pueblo.

¿Acaso la gran revolución no había hecho el mismo milagro con los flamencos de Dunkerque, los celtas de Bretaña y los italianos de Córcega? Y cuando nos quejamos de que lo mismo haya ocurrido con los alemanes, ¿no nos habremos olvidado de toda nuestra historia, que lo hizo posible? ¿Habremos olvidado que toda la ribera izquierda del Rin, a pesar de haber tenido una participación pasiva en la revolución, estuvo a favor de los franceses cuando los alemanes volvieron a entrar en esas tierras en 1814 y siguió así hasta 1848, cuando la revolución[98] rehabilitó a los alemanes a ojos de la población de las regiones renanas? ¿Acaso nos olvidamos de que el entusiasmo de Heine[99] por los franceses y hasta su bonapartismo no eran más que el eco del estado de ánimo de todo el pueblo de la orilla izquierda del Rin?

Cuando los aliados entraron en Francia en 1814, precisamente en Alsacia y Lorena tropezaron con los enemigos más decididos, con la resistencia más feroz por parte del propio pueblo, ya que se sentía el peligro de volver a pertenecer a Alemania. Mientras tanto, en Alsacia y Lorena se hablaba aún casi exclusivamente alemán. Pero cuando ya no había peligro de que se las apartase de Francia, cuando se puso fin a los apetitos anexionistas de los chovinistas románticos alemanes, se comprendió que era necesario unirse más estrechamente a Francia incluso desde el punto de vista del idioma; a partir de ese momento se hizo lo mismo que en Luxemburgo, se procedió voluntariamente a implantar el francés en las escuelas. No obstante, el proceso de transformación fue muy lento; sólo la actual generación de la burguesía se ha afrancesado efectivamente, mientras que los campesinos y los obreros siguen hablando

[97] Obligación de trabajar gratuitamente en las tierras del señor feudal.

[98] Se refiere a la revolución burguesa alemana de ese año.

[99] Heinrich Heine (1797-1856): Destacado poeta y ensayista alemán, considerado el último poeta del romanticismo.

alemán. La situación es aproximadamente la misma que en Luxemburgo; el alemán literario cede el lugar al francés (excepto parcialmente en el púlpito), pero el dialecto popular alemán ha perdido terreno sólo en la frontera lingüística, siendo de uso familiar más común que en la mayor parte de Alemania.

Tal es el país que Bismarck y los junkers prusianos, sostenidos, al parecer, por la reminiscencia de un romanticismo chovinista inseparable de todas las cuestiones alemanas, se propusieron volver a convertir en alemán. El propósito de convertir Estrasburgo, patria de *La Marsellesa*, en ciudad alemana fue tan absurdo como el deseo de hacer de Niza, patria de Garibaldi, una ciudad francesa. Pero, en Niza, Luis Napoleón respetó las apariencias: puso a votación la anexión y la maniobra le salió bien. Sin hablar ya de que los prusianos detestaban, y no sin motivo de peso, semejantes medidas revolucionarias (en ningún sitio se había dado el caso de que las masas populares anhelasen la anexión por Prusia), se sabía demasiado bien que precisamente aquí la población era más unánime en su deseo de ser francesa que los propios franceses nacionales. Y la separación fue llevada a cabo por la violencia. Era algo así como una venganza por la Revolución francesa; se arrancó uno de los trozos que se habían fundido con Francia precisamente gracias a la revolución.

Desde el punto de vista militar, la anexión tenía en este caso un objetivo determinado. Con Metz y Estrasburgo, Alemania adquiría un frente de defensa de excepcional fuerza. Mientras Bélgica y Suiza sigan neutrales, los franceses sólo pueden emprender una ofensiva masiva en la estrecha franja comprendida entre Metz y los Vosgos y, además, Coblenza, Metz, Estrasburgo y Maguncia constituyen el cuadrilátero de plazas fuertes más poderoso y más grande del mundo. Pero la mitad de ese cuadrilátero, al igual que el austríaco en Lombardía[100], se halla en territorio enemigo y sirve allí de ciudadela para reprimir a la población. Es más: a fin de cerrar el cuadrilátero hubo que usurpar territorio de habla no alemana, hubo que anexar a un cuarto de millón de franceses nacionales.

Por consiguiente, la gran ventaja estratégica es el único punto que puede justificar la anexión. Ahora bien, ¿compensa esa ventaja el daño que ha causado?

Al junker prusiano le importa un comino el inmenso daño moral que se ha causado el joven Imperio alemán al proclamar, abierta y desvergonzadamente, la violencia brutal como su principio básico. Al contrario, le hacen falta súbditos recalcitrantes y sometidos por la violencia, ya que sirven de prueba del crecimiento del poder prusiano; en realidad, jamás ha tenido otros. Pero con lo que debía contar era con las consecuencias políticas de la anexión. Y éstas eran evidentes. Incluso antes de que la anexión adquiriese fuerza de ley, Marx la anunció al mundo en una circular de la Internacional[101]: "La anexión de Alsacia y Lorena convierte a Rusia en el árbitro de Europa". Y los socialdemócratas lo repitieron con harta frecuencia desde la tribuna del Reichstag, hasta que el propio Bismarck lo reconoció en su discurso al Reichstag del 6 de febrero de 1888, gimoteando ante el todopoderoso zar, señor de la guerra y de la paz.

En efecto, eso estaba claro como la luz del día. Al arrancar a Francia dos de sus provincias más fanáticamente patrióticas, la echaban en brazos de quien le diese la esperanza de recuperarlas y hacían de Francia un enemigo eterno. Cierto es que Bismarck, que representa en este aspecto digna y conscientemente a los filisteos alemanes, exige de los franceses que no renuncien a Alsacia y Lorena sólo en el sentido jurídico estatal, sino también en el moral, y que además se alegren bastante, puesto que esos dos pedazos de la Francia revolucionaria "han sido devueltos a la madre patria", de la que no quieren saber absolutamente nada. Pero,

[100] Las fortalezas del norte de Italia: Verona, Legnago, Mantua y Peschiera.

[101] Marx: *Segundo manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores sobre la guerra franco-prusiana.*

por desgracia, los franceses no renuncian, del mismo modo que durante las guerras napoleónicas los alemanes no renunciaron a la orilla izquierda del Rin, aunque en la época nadie en ella desease volver a manos alemanas. Dado que los alsacianos y los loreneses quieren volver a Francia, ésta procurará y debe procurar recobrarlos, deberá buscar los medios de conseguirlo y, entre otras cosas, deberá buscar aliados. Y su aliado natural contra Alemania es Rusia. Si las dos naciones más grandes del continente occidental se neutralizan recíprocamente mediante su hostilidad, si entre ellas existe, además, una eterna manzana de la discordia que las incita a combatirse mutuamente, de ello solamente sale ganando Rusia, ya que las manos le quedan más y más libres; Rusia, que cuanto más pueda esperar el apoyo incondicional de Francia, menos será estorbada en sus apetitos anexionistas por Alemania. ¿Acaso Bismarck no ha colocado a Francia en una situación en que tiene que implorar la alianza rusa y abandonar amablemente Constantinopla a Rusia si ésta sólo promete a Francia la devolución de las provincias perdidas? Y si, pese a ello, la paz se ha mantenido durante diecisiete años, ¿no habrá que atribuirlo a otro hecho, a que el sistema de formación de reservas militares implantado en Francia y en Rusia requiere dieciséis años, al menos, y, después de los recientes perfeccionamientos alemanes, veinticinco años para formar los necesarios contingentes anuales? ¿Acaso la anexión de Alsacia y Lorena, que durante los últimos diecisiete años ha sido el principal factor determinante de toda la política europea, no es ahora también la causa fundamental de toda la crisis que amenaza con la guerra en el continente? ¡Suprímase únicamente esto y la paz estará asegurada!

Con su francés con acento altoalemán, el burgués alsaciano, ese petulante híbrido que hace alarde de ser francés como si lo fuese de pura cepa, que mira a Goethe por encima del hombro y se entusiasma con Racine[102], pero que no puede deshacerse de la torturante conciencia de su secreto origen alemán y, precisamente por ello, tiene que desdeñar todo lo alemán, de modo que no puede siquiera servir de intermediario entre Alemania y Francia, ese burgués alsaciano es indudablemente un individuo despreciable, ya sea un industrial de Mulhouse o un periodista de París. Pero, ¿quién sino la historia de Alemania de los últimos trescientos años lo ha hecho así? ¿Acaso casi todos los alemanes en el extranjero, sobre todo los comerciantes, como los alsacianos, no abjuraban hasta hace poco tiempo de su origen alemán, sometiéndose a toda clase de torturas para adoptar la nacionalidad extranjera de su nueva patria y colocándose voluntariamente en la misma situación ridícula, al menos, que los alsacianos, los cuales se ven más o menos forzados a ello por las circunstancias? Por ejemplo, todos los comerciantes alemanes en Inglaterra inmigrados entre 1815 y 1840 se asimilaron casi enteramente, hablaban entre sí casi exclusivamente en inglés e, incluso ahora, en la Bolsa de Manchester se pueden ver no pocos viejos filisteos alemanes que darían la mitad de su fortuna por poder pasar por auténticos ingleses. Sólo después de 1848 se produjeron ciertos cambios en este problema, y a partir de 1870, cuando un teniente de reserva llega a Inglaterra y Berlín envía allí su contingente, el servilismo anterior deja paso a la arrogancia prusiana, que no nos hace menos ridículos a ojos de los extranjeros.

¿Acaso, después de 1871, la reunificación con Alemania se hizo más atractiva para los alsacianos? Al contrario. Los sometieron a una dictadura, mientras que al lado, en Francia, regía la república. Se implantó en su provincia la importuna y pedante administración prusiana del consejo regional, comparado con el cual la injerencia administrativa de las llamadas prefecturas francesas, rigurosamente reglamentada por la ley, parecía de oro. Se puso pronto fin a los últimos restos de la libertad de prensa, del derecho de reunión y de asociación, se disolvieron los recalcitrantes consejos municipales y se instaló en las funciones de alcaldes a burócratas alemanes. En cambio, se trató de agradar por todos los medios a los

[102] *Johann Wolfgang von Goethe* (1749-1832): Gran escritor alemán, uno de los padres del romanticismo. ‖ *Jean Racine* (1639-1699): Dramaturgo francés, considerado uno de los grandes exponentes de la tragedia clásica francesa.

"notables", es decir, a los aristócratas y burgueses completamente afrancesados, protegiendo sus intereses explotadores contra los campesinos y los obreros de habla alemana, pero que no eran de mentalidad alemana, que constituían el único elemento con el que hubiese sido posible una tentativa de reconciliación. ¿Y qué se logró con eso? Pues que en febrero de 1887, cuando toda Alemania se dejó intimidar y le dio al cártel de Bismarck[103] la mayoría en el Reichstag, Alsacia y Lorena eligieran solamente franceses decididos, rechazando a todo sospechoso de la menor germanofilia.

Ahora bien, siendo los alsacianos como son, ¿tenemos derecho a indignarnos por esto? De ninguna manera. El que se opongan a la anexión es un hecho histórico que hay que explicar, no anular. Y aquí debemos preguntarnos: ¿cuántas faltas históricas graves habrá debido cometer Alemania para que en Alsacia hubiese semejante estado de ánimo? ¿Qué aspecto debe tener, visto desde fuera, nuestro nuevo Imperio alemán si, tras diecisiete años de regermanización, los alsacianos se muestran unánimes al decirnos: dejadnos en paz? ¿Tenemos derecho a pensar que dos campañas victoriosas y diecisiete años de dictadura bismarckiana bastan para acabar con todas las consecuencias de la bochornosa historia de tres siglos?

Bismarck había logrado su objetivo. Su nuevo imperio prusiano-alemán había sido proclamado en Versalles, en la sala de gala de Luis XIV[104]. Francia se hallaba desarmada a sus pies; la altanera ciudad de París, a la que ni él mismo se había atrevido a tocar, había sido llevada por Thiers a la insurrección de la Comuna[105] y luego derrotada por los soldados del antiguo ejército imperial que regresaban del cautiverio. Todos los filisteos de Europa admiraban a Bismarck como no habían admirado a su modelo, Luis Bonaparte, en los años 50. Con el apoyo ruso, Alemania se erigió en la primera potencia europea, con todo el poder concentrado en manos del dictador Bismarck. Ahora todo dependía de cómo utilizase ese poder. Si hasta entonces había puesto en práctica los planes de unidad de la burguesía sin recurrir a los métodos burgueses, sino a los bonapartistas, ahora ese problema estaba resuelto en cierta medida; se trataba de concebir planes propios y mostrar qué ideas era capaz de engendrar su propia cabeza. Y esto debía hacerse patente en la organización interior del nuevo imperio.

La sociedad alemana consta de grandes propietarios de tierras, campesinos, burgueses, pequeños burgueses y obreros; a su vez, todos ellos se agrupan en tres clases principales.

La *gran propiedad rural* se concentra en manos de unos cuantos magnates (sobre todo en Silesia) y de un número considerable de propietarios medios, que prevalecen en las viejas provincias prusianas al este del Elba. Precisamente estos junkers prusianos predominan entre la clase de los grandes propietarios de tierras. Son agricultores en la medida que explotan sus fincas con ayuda de gerentes y, además, con mucha frecuencia, suelen ser propietarios de destilerías y fábricas de azúcar de remolacha. En los casos en que ha sido posible, las tierras han pasado a pertenecer a las familias en concepto de mayorazgo[106]. Los hijos menores van al

[103] Bloque de apoyo a Bismarck formado por los liberales nacionales y los dos partidos conservadores (conservadores y conservadores libres). Se constituyó tras la disolución del Reichstag por Bismarck en enero de 1887 y venció en las elecciones de un mes más tarde. Apoyándose en este bloque, Bismarck consiguió que se aprobasen toda una serie de leyes reaccionarias que beneficiaron a los junkers y a la gran burguesía. Las contradicciones entre los tres partidos y su derrota electoral en 1890 lo descompusieron.

[104] Referencia a la proclamación de Guillermo I, rey de Prusia, como emperador de Alemania en el palacio de Versalles, el 18 de enero de 1871.

[105] Comuna de París: Gobierno revolucionario de la clase obrera tras la revolución de 1871 en París; fue la primera experiencia de la democracia obrera. Duró 72 días, del 18 de marzo al 28 de mayo, hasta que fue bárbaramente aplastada.

[106] Institución del derecho civil cuyo objetivo es mantener unidas las propiedades familiares a través de su legado al hijo mayor.

ejército u ocupan cargos en la administración civil; así, de esa pequeña nobleza terrateniente depende otra, aún más pequeña, de oficiales y funcionarios, cuyas filas crecen, además, a cuenta de los altos oficiales y funcionarios procedentes de la burguesía, a los que se conceden títulos nobiliarios a raudales. En el límite inferior de esa ralea noble se forma, como es lógico, una numerosa nobleza de parásitos, el lumpemproletariado noble, que vive de deudas, juegos dudosos, indiscreciones, mendicidad y espionaje político. El conjunto de toda esa pandilla constituye la clase de los junkers prusianos, que es uno de los pilares principales del Estado prusiano. Pero el núcleo terrateniente de estos junkers se asienta sobre una base muy precaria. El mantener el tren de vida correspondiente a ese estado resulta cada día más caro; hace falta dinero para mantener a los hijos menores hasta que obtengan el grado de teniente o de asesor y para casar a las hijas; visto que, para cumplir con esas obligaciones, se relegan a segundo plano todas las demás consideraciones, no tiene nada de extraño que las rentas no sean suficientes y que haya que firmar letras de cambio o incluso hipotecarse. En una palabra, los junkers se hallan constantemente al borde del abismo: cualquier calamidad (guerra, mala cosecha, crisis comercial) los pone al borde de la quiebra; por tanto, no tiene nada de asombroso que, a lo largo de los últimos cien años y pico, los hayan salvado de la ruina todo tipo de ayudas del Estado y que, en realidad, sólo pervivan gracias a éstas. Es una clase que se mantiene artificialmente y está condenada a desaparecer; no hay ayudas del Estado que la puedan mantener viva durante mucho tiempo. Pero con ella dejará de existir también el viejo Estado prusiano.

El *campesino* es políticamente un elemento poco activo. Como propietario, se arruina más y más debido a las condiciones de producción desfavorables en la parcela agraria privada de los pastizales de la vieja marca comunal, sin los cuales el campesino no tiene posibilidad de criar ganado. Como arrendatario, se encuentra en condiciones todavía peores. La pequeña explotación campesina implica fundamentalmente la economía natural y naufraga en la economía monetaria. De ahí las crecientes deudas, la expropiación masiva por los acreedores hipotecarios y la necesidad de recurrir a industrias domésticas para no perder su porción de tierra. En el aspecto político, el campesinado suele ser, en la mayoría de los casos, indiferente o reaccionario: ultramontano[107] en la región renana debido a su viejo odio a los prusianos, en otras zonas es particularista o conservador protestante. En esta clase, el sentimiento religioso sirve todavía de expresión de los intereses sociales o políticos.

De la *burguesía* hemos hablado ya. Desde 1848 ha experimentado un inaudito auge económico. Alemania tuvo una participación creciente en el colosal progreso de la industria tras la crisis comercial de 1847, progreso logrado gracias al establecimiento de una línea de navegación a vapor transoceánica en esa época, a la enorme ampliación de la red ferroviaria y al descubrimiento de las minas de oro en California y Australia. Precisamente el afán de la burguesía de suprimir los obstáculos para el comercio generados por la división en pequeños estados y de conseguir en el mercado mundial una situación igual a la de sus rivales extranjeros fue lo que dio impulso a la revolución de Bismarck. Ahora que los miles de millones que pagaba Francia inundaban Alemania, para la burguesía comenzaba un nuevo período de febril actividad empresarial, y Alemania demostró por primera vez, mediante una quiebra a escala nacional[108], que era una gran nación industrial. En aquel entonces, la burguesía era económicamente la clase más poderosa de la población; el Estado tenía que someterse a sus intereses económicos; la revolución de 1848 le dio al Estado una forma constitucional externa que le permitía a la burguesía ejercer también la dominación política y

[107] Ultramontanismo: Corriente católica extremamente reaccionaria que reclamaba la influencia ilimitada del papa en los asuntos religiosos o laicos de cualquier país. Como resultado de la victoria de los ultramontanos, el Concilio Vaticano I aprobó en 1870 el dogma de la infalibilidad papal.

[108] Se trata de la crisis económica mundial de 1873. En Alemania comenzó con una “grandiosa bancarrota” en mayo, preludio de la crisis que duraría hasta finales de la década.

habituarse al ejercicio del poder. No obstante, aún estaba lejos del auténtico poder político. No había salido victoriosa del conflicto constitucional con Bismarck: la liquidación del conflicto mediante la revolución en Alemania desde arriba le mostró aún más claramente que, por el momento, el poder ejecutivo, en el mejor de los casos, dependía de ella muy poco e indirectamente, que no podía nombrar ni destituir ministros, ni disponer del ejército. Además, era cobarde y débil frente a un poder ejecutivo enérgico. Pero también los junkers lo eran, y la burguesía tenía más disculpa por el antagonismo económico directo entre ella y la revolucionaria clase obrera industrial. Sin embargo, no cabía la menor duda de que poco a poco debía aniquilar económicamente a los junkers y que, entre todas las clases poseedoras, ella era la única que tenía perspectivas de futuro.

La pequeña burguesía constaba, en primer lugar, de los restos de los artesanos medievales, que en Alemania, atrasada durante mucho tiempo, eran mucho más numerosos que en los demás países de Europa occidental; en segundo lugar, de burgueses arruinados y, en tercer lugar, de individuos de la población no poseedora de tierra que habían llegado a ser pequeños comerciantes. Con la expansión de la gran industria, la existencia de toda la pequeña burguesía perdía lo que le quedaba de su estabilidad; los cambios de ocupación y las quiebras periódicas se erigieron en regla. Esta clase antes tan estable, núcleo fundamental de los filisteos alemanes, que llevaba antes una vida acomodada y se distinguía por su domesticidad, servilismo, devoción y honorabilidad, se hundió hasta llegar a un estado de completa confusión y de descontento con la suerte que Dios le había deparado. De los artesanos que quedaban, unos exigían a voz en cuello la restauración de los privilegios gremiales, otros se convertían parcialmente en dóciles demócratas progresistas[109] y parcialmente se acercaban hasta a los socialdemócratas y, en ciertos casos, se adherían directamente al movimiento obrero.

Finalmente, los obreros. Los obreros agrícolas, al menos los del este alemán, vivían aún en dependencia semiservil y no eran responsables de sus actos. En cambio, entre los obreros urbanos, la socialdemocracia progresó rápidamente y creció a medida que la gran industria fue proletarizando a las masas populares y agravando así al extremo la oposición de clase entre capitalistas y obreros. Si los obreros socialdemócratas estaban todavía divididos en dos partidos rivales[110], las divergencias de principio entre ambos desaparecieron casi por completo tras la aparición de *El capital* de Marx. El lassalleanismo de estricta observancia, con su específica reivindicación de “cooperativas de producción subvencionadas por el Estado”, fue reduciéndose paulatinamente a la nada, revelando cada vez más su incapacidad de crear el núcleo de un partido obrero bonapartista-socialista estatal. Los errores que los dirigentes individuales habían cometido en este aspecto fueron corregidos por el sano sentido común de las masas. La unificación de las dos tendencias socialdemócratas, que se retrasaba casi exclusivamente debido a cuestiones personales, estaba asegurada en un futuro próximo. Pero ya en la época de la división, y a pesar de la misma, el movimiento era lo bastante poderoso como para infundir pavor a la burguesía industrial y paralizarla en su lucha contra el gobierno, todavía independiente de ella; por lo demás, después de 1848, la burguesía alemana no ha podido ya desembarazarse del fantasma rojo.

Esa división en clases era la base de la división en partidos del parlamento y las dietas de los

---

[109] El partido progresista, un partido burgués formado en 1861, exigía la unificación de Alemania bajo hegemonía prusiana, la formación de un parlamento de toda Alemania y la creación de un gobierno liberal responsable ante la cámara de diputados.

[110] Se trata del Partido Obrero Socialdemócrata, dirigido por August Bebel y Wilhelm Liebknecht, y la Asociación General de Obreros Alemanes, fundada por Ferdinand Lassalle, que se unieron en el congreso de Gotha (1875). El partido unificado adoptó el nombre de Partido Obrero Socialista de Alemania. El programa aprobado por el congreso recibió duras críticas de Marx y Engels, recogidas en la obra del primero *Crítica del programa de Gotha* (existe edición de la FUNDACIÓN FEDERICO ENGELS).

estados. Los grandes propietarios de tierras y una parte de los campesinos formaban la masa de conservadores; la burguesía industrial constituía el ala derecha del liberalismo burgués, los nacional-liberales; el ala de izquierda (el debilitado Partido Demócrata o, como lo llamaban, Partido Progresista) constaba de pequeña burguesía, apoyada tanto por una parte de la burguesía como de los trabajadores. Finalmente, los trabajadores tenían su propio partido independiente en el Partido Socialdemócrata, al que también pertenecía un sector de la pequeña burguesía.

Un hombre en la situación de Bismarck y con el pasado de Bismarck debería haberse dicho, si entendía algo el estado de cosas, que los junkers, tal y como eran, no formaban una clase viable, que, de todas las clases poseedoras, sólo la burguesía podía aspirar a un porvenir y que, en consecuencia (hacemos abstracción de la clase obrera, pues no pensamos pedir a Bismarck que comprenda su misión histórica), su nuevo imperio tendría una existencia tanto más segura cuanto más preparase su transformación paulatina en un Estado burgués moderno. No le vamos a pedir lo que en aquellas condiciones concretas le era imposible. Una pronta transición a la forma de gobierno parlamentario, con un Reichstag dotado de poder decisivo (como la Cámara de los Comunes inglesa), no era posible ni oportuno en aquel momento; la dictadura de Bismarck, ejercida en forma parlamentaria, debía todavía parecerle a él mismo necesaria; no le reprochamos en absoluto el haberla conservado en los primeros tiempos; únicamente preguntamos: ¿para qué fin iba a usarla? Difícilmente se dudará de que la única vía que permitía asegurar al nuevo imperio una base sólida y una evolución interior tranquila consistía en preparar un régimen que correspondiese al de la Constitución inglesa. Parecía que, con abandonar a su ineludible suerte a la mayor parte de los junkers, condenados inevitablemente a la ruina, era todavía posible formar con los restantes y con los nuevos elementos una clase de grandes propietarios agrarios independientes, clase que sólo serviría de fleco ornamental de la burguesía; una clase a la que la burguesía, incluso en plena posesión de su poder, debía entregar la representación oficial en el Estado y, con ello, los puestos más rentables y una gran influencia. Al hacerle concesiones políticas a la burguesía, que con el tiempo igual no se le podrían negar (al menos así debía pensarse desde el punto de vista de las clases poseedoras), al hacerle esas concesiones paulatinamente e incluso muy de tarde en tarde y en pequeñas dosis, se podría, por lo menos, encauzar el nuevo imperio por un camino que permitía alcanzar a los otros estados de Europa occidental, que en el aspecto político habían adelantado mucho a Alemania, liberarse finalmente de los últimos vestigios del feudalismo y de la tradición filistea, todavía muy fuerte en los medios burocráticos y, lo fundamental, poder mantenerse sobre sus propios pies cuando sus fundadores, ya nada jóvenes, entregasen el alma a Dios.

Además, esto no era tan difícil. Los junkers y los burgueses no tenían energía, ni siquiera media. Los primeros lo habían demostrado en los últimos sesenta años, cuando el Estado no cesaba de adoptar medidas en beneficio de ellos, pese a la oposición de estos quijotes. La burguesía, a la que la larga historia anterior había acostumbrado a la docilidad, aún se resentía mucho del conflicto; desde entonces, los éxitos de Bismarck quebrantaron todavía más la resistencia de la burguesía, y el miedo al movimiento obrero, que crecía de forma amenazadora, hizo el resto. En tales condiciones, a un hombre que había hecho realidad las aspiraciones nacionales de la burguesía no le costaría trabajo invertir el tiempo que le diese la gana para satisfacer sus aspiraciones políticas, muy modestas en general ya de por sí. Sólo necesitaba tener claro el objetivo.

Desde el punto de vista de las clases poseedoras, ése era el único camino razonable. Desde el punto de vista de la clase obrera, estaba claro que ya era demasiado tarde para instaurar un poder burgués duradero. La gran industria, y con ella la burguesía y el proletariado, se conformaron en Alemania en una época en que la burguesía y el proletariado podían, casi al mismo tiempo, presentarse cada uno por su cuenta en el escenario político, en que, por

consiguiente, la lucha entre ambas clases había comenzado antes de que la burguesía hubiese conquistado el poder político exclusivo o predominante. Pero si era ya demasiado tarde para un poder firme y tranquilo de la burguesía en Alemania, en 1870 la mejor política, desde el punto de vista de las clases poseedoras en general, todavía era el rumbo hacia ese poder de la burguesía. En efecto, sólo así se podían eliminar los incontables restos del feudalismo putrefacto, que seguían pululando en la legislación y la administración; sólo así se podía aclimatar gradualmente en suelo alemán el conjunto de los resultados de la Gran Revolución francesa, en una palabra, cortar a Alemania su vieja y larguísima trenza china y llevarla consciente y definitivamente a la vía del desarrollo moderno, poner sus condiciones políticas a tono con las industriales. Y cuando, en lo sucesivo, la lucha inevitable entre la burguesía y el proletariado se desplegase, al menos transcurriría en condiciones normales, en las que cada cual podría ver de qué se trataba, y no en el ambiente de confusión, oscuridad, entrelazamiento de intereses y perplejidad que observamos en Alemania en 1848, con la única diferencia de que, esta vez, la perplejidad abarcará exclusivamente a las clases poseedoras; la clase obrera sabe lo que quiere.

Tal como estaban las cosas en 1871 en Alemania, un hombre como Bismarck tuvo que aplicar, de hecho, una política de maniobras entre las distintas clases. Aquí no se le puede reprochar nada en absoluto. Se trata sólo de saber qué objetivo se planteaba esa política. Si marchaba consciente y resueltamente, no importa a qué ritmo, hacia la instauración del poder de la burguesía, respondía a la evolución histórica en la medida en que era, en general, posible desde el punto de vista de las clases poseedoras. Si, en cambio, marchaba hacia el mantenimiento del viejo Estado prusiano, hacia la prusificación paulatina de Alemania, era reaccionaria y estaba condenada al fracaso. Si sólo se planteaba conservar el poder de Bismarck, era bonapartista y debía acabar como todo bonapartismo.

La tarea siguiente era la constitución imperial. Como materiales se tenían, por un lado, la constitución de la Confederación Alemana del Norte y, por otro, los tratados con los estados de Alemania del Sur[111]. Los factores con cuya ayuda debía Bismarck crear la constitución eran, por una parte, las dinastías representadas en el Consejo federal y, por otra, el pueblo representado en el Reichstag. En la constitución de Alemania del Norte y en los tratados se puso un límite a las pretensiones de las dinastías. El pueblo, al contrario, podía aspirar a una participación considerablemente mayor en el poder político. Había conquistado en los campos de batalla la independencia respecto a la injerencia extranjera en los asuntos interiores y la unificación de Alemania, en la medida en que podía hablarse de unificación, y precisamente el pueblo debía decidir, en primer término, el uso a dar a esa independencia y el modo de realizar y utilizar concretamente esa unificación. E incluso si el pueblo reconocía las bases del derecho ya incluidas en la constitución de la Confederación Alemana del Norte y en los tratados, esto no era óbice en absoluto para conseguir, con la nueva constitución, una participación en el poder mayor que con la precedente. El Reichstag era la única institución que representaba, de hecho, la nueva "unidad". Cuanto mayor peso adquiría la voz del Reichstag, cuanto más independiente era la constitución imperial respecto a las constituciones particulares de los territorios, tanto mayor debía ser la cohesión del nuevo imperio, tanto más el bávaro, el sajón y el prusiano debían fundirse en el alemán.

Para cualquiera que viese más allá de la punta de su nariz, esto debía estar completamente claro. Pero Bismarck era de otra opinión. Al contrario, se servía precisamente de la embriaguez patriótica, intensificada tras la guerra, para lograr que la mayoría del Reichstag

[111] Referencia a los derechos especiales de Baviera y Wurtemberg refrendados en los tratados de su entrada en la Confederación Alemana del Norte y en la constitución imperial alemana. En particular, ambos estados conservaron un impuesto especial sobre el aguardiente y la cerveza, y la administración de los correos y telégrafos. Asimismo, Baviera, Wurtemberg y Sajonia formaron en el Consejo federal una comisión especial de política exterior, con derecho a veto.

renunciase tanto a toda ampliación como a la definición clara de los derechos del pueblo, y para que se limitase simplemente a restituir en la constitución imperial las bases jurídicas de la constitución de la Confederación Alemana del Norte y de los tratados. Todas las tentativas de los pequeños partidos de expresar en la constitución los derechos del pueblo a la libertad fueron rechazadas, hasta la propuesta del centro católico acerca de la inclusión de los artículos de la constitución prusiana referentes a la garantía de la libertad de prensa, de reunión y de asociación, y a la independencia de la Iglesia. De este modo, la constitución prusiana, cercenada dos o tres veces, era más liberal que la constitución del Imperio. Los impuestos no se votaban anualmente, sino que se establecían de una vez y para siempre, "por la ley", así que el Reichstag no tenía la posibilidad de rechazarlos. De esta manera se aplicó a Alemania la doctrina prusiana, incomprensible en el mundo constitucional no alemán, según la cual los representantes del pueblo sólo tenían derecho sobre el papel a rechazar los gastos, mientras que el gobierno recogía en su saco los ingresos en moneda contante y sonante. Sin embargo, a la vez que se privaba al Reichstag de los mejores medios de poder y se le reducía a la humilde posición de la cámara prusiana, quebrantada por las revisiones de 1849 y de 1850, por la camarilla de Manteuffel, por el conflicto constitucional y por Sadowa, el Consejo federal dispone, en lo fundamental, de toda la plenitud de poder que poseía nominalmente el antiguo Parlamento federal, y dispone de esa plenitud de hecho porque se ve libre de las trabas que paralizaban el Parlamento federal. El Consejo federal, además de tener un voto decisivo en la legislación, a la par que el Reichstag, es también la máxima instancia administrativa, puesto que promulga decretos sobre la aplicación de las leyes imperiales y adopta acuerdos sobre "las deficiencias que surgen al poner en práctica las leyes del Imperio", es decir, de las deficiencias que en otros países civilizados sólo pueden ser eliminadas mediante una nueva ley (artículo 7.3, que recuerda mucho un caso de conflicto jurídico).

Por consiguiente, Bismarck no procuraba apoyarse principalmente en el Reichstag, que representa la unidad nacional, sino en el Consejo federal, que representa la dispersión particularista. No tuvo el valor, a pesar de que se hacía pasar por portavoz de la idea nacional, de ponerse realmente al frente de la nación o de los representantes de ésta; la democracia debía servirle a él, y no él a la democracia; Bismarck no confiaba en el pueblo, sino más bien en las intrigas entre bastidores, en su habilidad de amañarse, con ayuda de medios diplomáticos, del palo y la zanahoria, una mayoría, aunque recalcitrante, en el Consejo federal. La estrechez de miras y la mezquindad de criterio que aquí se revelan responden perfectamente al carácter de ese señor tal y como lo hemos conocido hasta ahora. Sin embargo, no debe asombrarnos el que sus grandes éxitos no le hayan ayudado a situarse, aunque sólo fuese un instante, por encima de su propio nivel.

Sea como sea, todo se redujo a dar a la constitución del Imperio un eje único y fuerte, es decir, el canciller imperial. El Consejo federal debía llegar a ocupar una posición que hiciese imposible otro poder ejecutivo responsable que no fuese el del canciller imperial, excluyendo así la posibilidad de existencia de ministros responsables. En efecto, todo intento de organizar la administración imperial mediante la conformación de un gobierno responsable se entendía como un atentado a los derechos del Consejo federal y tropezaba con una resistencia insuperable. Como se advirtió pronto, la constitución estaba "hecha a la medida" de Bismarck. Significaba un paso más en el camino de su poder dictatorial mediante el balanceo entre los partidos en el Reichstag y entre los estados particularistas en el Consejo federal, significaba un paso más en el camino del bonapartismo.

Por lo demás, no se puede decir que la nueva constitución imperial, descontando algunas concesiones a Baviera y a Wurtemberg, sea un paso atrás directo. Pero eso es lo mejor que se puede decir de ella. Las necesidades económicas de la burguesía fueron satisfechas en lo esencial, y ante sus pretensiones políticas, dado que las presentaba todavía, se levantaron las mismas barreras que en el período del conflicto.

¡Dado que la burguesía presentaba aún pretensiones políticas! En efecto, es incontestable que, en boca de los nacional-liberales, esas pretensiones se reducían a proporciones muy modestas y disminuían cada día. Estos señores, muy lejos de pretender que Bismarck les diese facilidades para colaborar con él, aspiraban más bien a agradarle donde fuese posible y, con frecuencia, incluso donde no lo era ni debía serlo. Nadie reprocha a Bismarck el despreciarlos, pero ¿acaso los junkers habían sido siquiera un poco mejores o más valientes? El siguiente aspecto en que había que instaurar la unidad del imperio, la circulación monetaria, fue regulado por las leyes sobre la moneda y los bancos promulgadas entre 1873 y 1875. El establecimiento del patrón oro fue un progreso significativo, pero se llevó a cabo lentamente y con muchas vacilaciones, e incluso ahora no cuenta con una base lo bastante firme. El sistema monetario adoptado, en el que se ha tomado como base, con el nombre de marco, el tercio de tálero, con división decimal, fue propuesto ya a finales de los años 30 por Soetbeer[112]; de hecho, la unidad era la moneda de veinte marcos de oro. Cambiando de un modo casi imperceptible el valor de la misma se podría hacerla equivalente, bien al soberano inglés, bien a la moneda de 25 francos de oro, bien a la de cinco dólares de oro estadounidenses, e incorporarse así a uno de los tres sistemas monetarios principales del mercado mundial. Sin embargo, se prefirió crear un sistema monetario propio, dificultando innecesariamente el comercio y los cálculos de las cotizaciones. Las leyes imperiales sobre el papel moneda y los bancos limitaban la especulación en títulos de los pequeños estados y sus bancos y, vista la quiebra que se produjo mientras tanto, procedían con cierta cautela perfectamente justificable para Alemania, todavía carente de experiencia en este dominio. También aquí los intereses económicos de la burguesía se tuvieron debidamente en cuenta.

Finalmente, había que implantar una legislación única en la esfera de la justicia. La resistencia de los estados medianos a la extensión de la competencia del Imperio al derecho civil material fue superada, pero el código civil está todavía en fase de elaboración, mientras que la ley penal, el procedimiento penal y civil, el derecho comercial, la legislación sobre las quiebras y la organización judicial obedecen ya a un modelo uniforme. La supresión de las abigarradas normas jurídicas materiales y formales de los pequeños estados era ya, de por sí, una necesidad imperiosa del desarrollo progresivo de la sociedad burguesa y constituye también el principal mérito de las nuevas leyes, mucho mayor que su contenido.

El jurista inglés se apoya en un pasado jurídico que ha salvado, a través de la Edad Media, una buena parte de la antigua libertad germánica, que ignora el Estado policiaco, estrangulado ya en su embrión por las dos revoluciones del siglo XVII, y que ha alcanzado su apogeo en dos siglos de desarrollo continuo de la libertad civil. El jurista francés se apoya en la Gran Revolución, que, tras acabar con el feudalismo y la arbitrariedad policíaca absolutista, tradujo las condiciones de vida económica de la sociedad moderna recién nacida al lenguaje de las normas jurídicas en su código clásico proclamado por Napoleón. ¿Y cuál es la base histórica en que se apoyan nuestros juristas alemanes? El proceso de descomposición secular y pasivo de los vestigios de la Edad Media, acelerado en su mayor parte por golpes desde el exterior y todavía hoy inacabado; una sociedad económicamente atrasada, en la que el junker feudal y el maestro gremial andan como fantasmas en busca de un nuevo cuerpo; una situación jurídica en que la arbitrariedad policial —habiendo desaparecido en 1848 la justicia secreta de los príncipes— abre todavía una hendidura tras otra. De estas escuelas, las peores de las peores, salieron los padres de los nuevos códigos legislativos del Imperio, y su obra está en consonancia. Dejando de lado el aspecto puramente jurídico, la libertad política sale bastante mal parada en esos códigos. Si los tribunales de regidores[113] dan a la burguesía y a la pequeña

[112] Georg Adolf Soetbeer, economista y estadista alemán.

[113] Tribunales de primera instancia instaurados en una serie de estados alemanes tras la revolución de 1848 y en toda Alemania a partir de 1871. Constaban de un juez y dos asesores (regidores) que participaban en determinar la culpabilidad del acusado y en la pena impuesta; para ser regidor había que tener una situación acomodada.

burguesía la posibilidad de participar en la tarea de oprimir a la clase obrera, el Estado se protege, en la medida de lo posible, contra el peligro de una oposición burguesa renovada limitando la competencia de los tribunales de jurados. Los puntos políticos del código penal son en muchos casos tan indefinidos y elásticos como si estuviesen tallados a la medida del actual tribunal del Imperio, y éste a la de aquéllos. Evidentemente, esos nuevos códigos son un paso adelante comparados con el derecho civil prusiano —hoy en día, ni siquiera Stoecker[114] conseguiría hacer algo tan siniestro como ese derecho prusiano, aunque también se hiciese castrar. Pero las provincias que han conocido hasta ahora el derecho francés perciben mucho la diferencia entre la copia descolorida y el original clásico. Y precisamente la renuncia de los nacional-liberales a su programa hizo posible este reforzamiento del poder estatal a cuenta de las libertades civiles, ese auténtico primer paso atrás.

Cabe mencionar, además, la ley de prensa promulgada por el Imperio. El código penal ya había reglamentado en lo esencial el derecho material en todo lo referente a este problema; se trata del establecimiento de disposiciones formales idénticas para todo el Imperio, la supresión de las cauciones y los derechos de timbre que subsistían aún en algunos lugares, que constituían el principal contenido de esa ley y, a la vez, el único progreso logrado en este dominio.

A fin de que Prusia pudiese presentarse una vez más como un Estado modelo, se implantó en ella la llamada administración autónoma. Se trataba de suprimir los vestigios feudales más chocantes y, al mismo tiempo, dejar en lo posible las cosas como estaban. Para eso sirvió la ordenanza de los distritos[115]. La autoridad policial de los señores junkers en sus fincas era ya un anacronismo. Formalmente había sido abolida como privilegio feudal, pero su fondo se restauró al crearse los distritos rurales autónomos *[Gutsbezirke],* dentro de los cuales el poseedor de tierras es el preboste con atribuciones de regidor de comuna rural o nombra él al preboste; este poder de los junkers también fue restaurado de hecho gracias a la transferencia de todo el poder y la jurisdicción policiales dentro del distrito administrativo *[Amtsbezirk]* al jefe de distrito *[Amtsvorsteher],* que en el campo era casi siempre un gran propietario de tierras, bajo cuya férula quedaban, por tanto, las comunidades rurales. Las prerrogativas feudales de los individuos fueron abolidas, pero los poderes plenos ligados a ellas le fueron dados a la clase en su conjunto. Con ayuda de un escamoteo semejante, los grandes propietarios agrarios ingleses se transformaron en jueces de paz, en amos y señores de la administración rural, la policía y los organismos inferiores de la jurisdicción, asegurándose así, bajo un título nuevo, modernizado, la continuación del usufructo de todos los puestos de poder esenciales que ya no podían mantener en sus manos bajo la vieja forma feudal. Pero ésta es la única similitud entre la "administración autónoma" alemana y la inglesa. Quisiera ver yo al ministro inglés que se atreviese a proponerle al Parlamento que los funcionarios elegidos para cargos administrativos locales necesitasen ser aprobados por el gobierno y que, en caso de una votación contraria, el gobierno pudiese imponer los sustitutos, que se instituyesen los cargos de funcionarios del Estado con las atribuciones de los administradores de distrito *[Landräte],* de los gobiernos de distrito *[Bezirksregierungen]* y de los presidentes provinciales *[Oberpräsidenten]* prusianos; proponer la injerencia de la administración estatal, prevista en la ordenanza de los distritos, en los asuntos internos de las comunidades, los distritos y las comarcas; proponer la supresión del derecho de recurrir a los tribunales, tal y como se dice casi en cada página de la ordenanza de los distritos, completamente inaudito en

[114] Adolf Stoecker (1835-1909): Político reaccionario alemán, fundador del Partido Social-Cristiano, antisemita y enemigo acérrimo del movimiento obrero.

[115] Alusión a la reforma administrativa de 1872 en Prusia, que abolió el poder feudal hereditario de los terratenientes en el campo e introdujo elementos de administración autónoma; en la práctica, los junkers conservaron el poder local, ya que, personalmente o por medio de sus testaferros, ocuparon la mayoría de los cargos por elección o nombramiento.

los países de habla inglesa y de derecho inglés. Y mientras las asambleas de distrito y las provinciales constan siempre, a la manera feudal antigua, de representantes de los tres estamentos (los grandes propietarios de tierras, las ciudades y las comunidades rurales), en Inglaterra hasta el gobierno más archiconservador presenta un proyecto de ley que transfiere toda la administración de los condados a autoridades elegidas mediante un sufragio casi universal.[116]

El proyecto de ordenanza de los distritos para las seis provincias orientales (1871) fue la primera prueba de que Bismarck no pensaba disolver Prusia en Alemania, sino que, al contrario, se disponía a reforzar todavía más ese baluarte del viejo prusianismo, es decir, esas seis provincias. Los junkers han conservado, bajo otro nombre, todos los poderes esenciales que les aseguran su dominación, mientras que los ilotas[117] de Alemania, los obreros agrícolas de esas regiones, tanto los domésticos como los jornaleros, siguen en realidad bajo el régimen de la servidumbre, igual que antes, siendo admitidos solamente en dos funciones públicas: ser soldados y servir de ganado de votación a los junkers durante las elecciones al Reichstag. El servicio que Bismarck ha prestado con eso al partido socialista revolucionario[118] es impagable y merece toda clase de agradecimiento.

Ahora bien, ¿qué cabe decir de la estupidez de los señores junkers, que, como niños mal educados, patalean protestando contra esa ordenanza de los distritos implantada exclusivamente en su interés, en interés de mantener sus privilegios feudales apenas disimulados con una denominación algo modernizada? La Cámara prusiana de los señores, mejor dicho, la Cámara de los junkers, primeramente rechazó el proyecto, al que se estuvo dando largas durante casi un año, y no lo aceptó hasta que no sobrevino una "hornada" de veinticuatro "señores" nuevos. Los junkers prusianos volvieron a demostrar que eran unos reaccionarios mezquinos, empedernidos, incurables, incapaces de formar el núcleo de un gran partido independiente que asumiese un papel histórico en la vida de la nación, como hacen realmente los grandes propietarios rurales ingleses. Con eso han confirmado su total falta de juicio; a Bismarck no le quedaba más que hacer patente ante el mundo entero que tampoco tenían carácter, y una pequeña presión ejercida con habilidad los transformó en partido de Bismarck *sans phrase*[119].

Y para eso debía servir la *Kulturkampf*.[120]

La ejecución del plan imperial prusiano-alemán debía producir, como contragolpe, el agrupamiento en un partido de todos los elementos antiprusianos que se basaban en el anterior desarrollo por separado. Estos elementos de todo pelaje hallaron una bandera común en el ultramontanismo. La rebelión del sentido común humano, hasta entre numerosos católicos ortodoxos, contra el nuevo dogma de la infalibilidad papal, por una parte, y la supresión de los Estados Pontificios y el supuesto cautiverio del papa en Roma[121], por otra, obligaron a todas

---

[116] Se trata de la reforma de 1888 de la administración local inglesa. Las funciones de los sheriffs fueron transmitidas a los consejos de los condados, que se ocupaban de la recaudación de impuestos, del presupuesto local, etc. Participaban en la elección de los consejos de los condados todos los hombres con derecho a voto para el parlamento, así como las mujeres mayores de 30 años.

[117] En la Grecia clásica, esclavos propiedad del Estado y cedidos por éste a los ciudadanos libres.

[118] Engels no se refiere a un partido con tal denominación, sino que utiliza el término *partido* en el sentido genérico de partidarios de una causa.

[119] "Sin rodeos"; en francés en el original.

[120] *Kulturkampf* ("Lucha por la cultura"): Denominación que, en los años 70 del siglo XIX, los burgueses liberales dieron a las medidas legislativas de Bismarck para luchar contra el peso político de la Iglesia católica. Una década más tarde, el propio Bismarck abolió la mayoría de ellas, con el fin de unir a las fuerzas reaccionarias en la lucha contra la izquierda.

[121] En 1870, los territorios gobernados por el papa fueron incorporados a Italia, lo que culminó la unificación política del país. El poder laico del papa fue anulado y sólo lo mantuvo en los palacios del Vaticano y del

las fuerzas militantes del catolicismo a unirse más estrechamente. Así, ya durante la guerra, en otoño de 1870, en la Dieta prusiana se formó el Partido del Centro, específicamente católico, que entró por primera vez (1871) en el Reichstag alemán con sólo 57 representantes y se reforzó en cada nueva elección hasta superar los 100. Estaba compuesto por elementos muy diversos. En Prusia, su fuerza principal eran los pequeños campesinos renanos, que todavía se consideraban "prusianos a la fuerza"; luego estaban los terratenientes y los campesinos de los obispados de Münster y Paderborn, en Westfalia, y de la Silesia católica. El otro gran contingente lo nutrían los católicos de la Alemania del Sur, sobre todo bávaros. Sin embargo, la fuerza del Centro no residía tanto en la religión católica como en que expresaba las antipatías de las masas populares hacia todo lo específicamente prusiano, que ahora pretendía dominar Alemania. Esta antipatía era particularmente sensible en las zonas católicas; al mismo tiempo se percibía la simpatía hacia Austria, que había sido expulsada de Alemania. De acuerdo con estas dos corrientes populares, el Centro era resueltamente particularista y federalista.

Este carácter esencialmente antiprusiano del Centro fue advertido inmediatamente por las otras fracciones pequeñas del Reichstag que estaban contra Prusia por razones locales, y no de carácter nacional y general, como los socialdemócratas. No sólo los católicos (polacos y alsacianos), sino hasta los protestantes güelfos[122] se aliaron estrechamente con el Partido del Centro. Y aunque las minorías burguesas liberales jamás habían comprendido el auténtico carácter de los llamados ultramontanos, demostraron, no obstante, que tenían cierta idea del estado real de las cosas al calificar al Centro de "apátrida" y "enemigo del Imperio"...[*]

Laterano. Como respuesta, el papa se declaró "prisionero en el Vaticano". El largo conflicto con el gobierno italiano no quedaría oficialmente resuelto hasta 1929.

[122] Partido de Hannover (el nombre procede de la casa de Welf, una antigua dinastía) cuyo objetivo era restablecer los derechos de la casa real de Hannover y la autonomía de Hannover dentro del Imperio alemán. Se adhería al centro principalmente por motivos particularistas y antiprusianos.

[*] Aquí se interrumpe el manuscrito. (N. de la Ed.)